

Jorge versus Georgie

Jorge Laporta

Redacción y edición por Josefina Lagos

www.autobiografia.cl

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de Jorge Laporta.

Primera Edición, 2016, Santiago de Chile

Fotografía de portada por Andrea Manuschevic

Redacción y edición por Josefina Lagos

Este libro está dedicado a
mi madre Bella,
Marisa y Pamela, a
mis hijos Lucía, Sebastián, Patricio y Moira
y mis nietos
Tiago, Manuel, Miranda, Facundo y Nicolás.

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Jorge Laporta.....	12
Montevideo y mis abuelos.....	18
Libertad en La Blanqueada.....	22
Dulce Navidad.....	29
Qué Cabrón.....	31
Acogido donde Marta y Policho.....	40
Montevideo a mis pies.....	46
De cuando me convertí en hombre.....	51
De cuando me convertí en empresario.....	60
Muerte de Trombotti: una lección.....	81
Lima querida.....	83
Lima entre humos.....	91
Casi completo.....	96
Alegrías y cambios.....	102
Todos los huevos en un mismo canasto.....	109

Los frentes en Chile.....	105
La última visita de mi padre.....	125
Ward.....	131
Reconstruyendo el Nido.....	140
Los colores de Marisa en degradé.....	145
La debacle.....	148
Época de duelo.....	156
Bendita ventana.....	163
Meta cumplida.....	178
De cuando empecé a caminar.....	183
Georgie y Jorge: fin del combate.....	195
Agradecimientos.....	202

PRÓLOGO

-¿Por qué decidiste hacer una autobiografía?,
-me pregunta cada una de las personas que se
entera de la aventura que estoy emprendiendo. He
aquí mi respuesta.

Estoy convencido de que todos nos
presentamos al mundo con una máscara. Yo
desarrollé la mía y no podría morir tranquilo sin
tener la certeza de que mis hijos y mis nietos
conozcan parte de lo que hay tras ella. Me
entusiasma transmitirles mi historia y tengo la
esperanza de que comprendiendo un poco más
sobre lo que he vivido entiendan mi forma de ser.

Por otro lado, siempre he tenido la impresión de
que el círculo que me rodea tiene la falsa creencia
de que yo nací en cuna de oro. Estoy seguro de que
después de leer el libro, podrán sacar sus propias
conclusiones al respecto.

Hace muchos años ya que tenía la intención de poner mis vivencias en blanco y negro. En diciembre del 2014, tuve la gran suerte de cruzarme con Josefina Lagos, mi “ghostwriter” o escritora fantasma, quien con su profesionalismo, conocimiento y simpatía, me ha guiado y apoyado en todo lo necesario para que este libro vea la luz. Durante el año que llevamos trabajando, he tenido altos y bajos, pues jamás preví que iba a vivir una remoción de emociones tan fuerte. No ha sido fácil abrir mi compartimiento estanco, que tenía bajo siete llaves y poblado por vivencias y recuerdos por los cuales me resulta difícil transitar nuevamente. A lo largo del proceso han surgido dudas y certezas. He revivido alegrías, pero también dolores, rabia, impotencia y resentimientos. No fue fácil, pero la recompensa llegó. Logré no sólo exponer mi historia en

palabras, sino encontrarme conmigo y descubrir aspectos en mi persona hasta hoy encubiertos. La finalización del libro representa para mí un logro inmenso y agradezco muy de veras a todo el que lo haya leído por lo menos hasta el prólogo.

No puedo dejar de transmitir un mensaje final, que para mí siempre ha sido mi norte.

Nada es imposible, todo sueño es realizable

Todo en la vida es prestado

Crean en el ser humano

Sean agradecidos

JORGE LAPORTA

-Cuando a los 12 años abandoné la escuela, podría haberme convertido en delincuente -me dice Jorge Laporta desde su sillón de dos cuerpos Luis XV.

Nos habíamos reunido con el propósito de construir su autobiografía y él, a sus 68 años, se presentó impecable. Alto y delgado, llevaba un traje a la medida gris marengo y una camisa celeste que, además de hacer juego con sus ojos azules y su pelo blanco, le daban un aspecto elegante y sobrio. Su corbata era amarilla y sus zapatos estaban impecablemente lustrados. El Rólex de acero y oro que llevaba en la muñeca, en conjunto con su postura rígida y su mirada fija, le daban un aire de formalidad y poder; creo que incluso llegó a asustarme. Pero su sonrisa contenida y la forma sumamente respetuosa con que se comportaba al hablar, me tranquilizaban. “Sí, tengo poder, pero tranquila que no voy a usarlo para nada malo”, parecía decir a través de su

mirada suavizada ahora por la sonrisa más distendida.

* * *

“La calle me estaba pidiendo a gritos que tomara el rumbo equivocado. El día en que mi padre dejó de estar con nosotros, sentí la responsabilidad de buscar un trabajo y entré como junior a una Agencia de Viajes. Mi tarea consistía en recorrer Montevideo trasladando documentos y tickets aéreos.

Así fue como conocí la calle y me di cuenta de que si no te esfuerzas por vencer tú, a los pocos segundos habrá otro pisoteándote.

Vi la prostitución. Esas mujeres-niñas que se paraban en la esquina con el maquillaje corrido y entregaban su cuerpo por pocos pesos a cualquiera. Porque la tajada grande, obviamente

no se la llevaban ellas. Se la llevaba, como siempre, el ganador: en este caso el cafiche.

Me enfrenté con esos hombres que buscaban comida en los tachos de basura para alimentarse. Que dormían sin techo y -al despertarse- orinaban en el mismo lugar que había sido su lecho. Quizás qué los había llevado a ese extremo... ¿El alcohol? ¿Algún carajo que había pasado por encima de ellos para salir adelante?

Conocí a las bandas juveniles, repletas de niños que -enrabiados- robaban con violencia para poder subsistir. Para subsistir y, seguramente también, para vengarse de la sociedad que los había empujado al hoyo. Sucios, tapizados en piojos y con las ropas destrozadas, llevaban los frutos del día a sus padres para que -por esa vez- no tuvieran la necesidad de escarbar la basura.

Juré a mí mismo que no iba a terminar en ese estado. Que no iba a rendirme, que no iba a dejar que me pisotearan. Lo vivido en la calle no hacía más que confirmarme lo que me había enseñado la experiencia que había tenido con mi padre en la casa: o te defiendes, o te cagan.

Pero me sentía orgulloso de estar ahí, trabajando por mi futuro, ayudando a mi madre con los gastos de la casa. De saber por dónde se podía andar y por dónde no; de conocer de memoria la cara de los carteristas para protegerme mientras iba en la micro. A los 13 años me manejaba por las calles de Montevideo como cualquier adulto. Resultaba difícil pensar que no habían pasado tres años desde la época en que estaba todavía entre las paredes del colegio y mi casa de La Blanqueada: protegido por mi madre, asustado de mi padre.

En esa época, yo apenas llegaba al metro y medio de altura. Papá, con su metro ochenta, se paseaba amenazante por la casa. Era delgado, de pelo claro y un bigote que reflejaba a la vez dureza y picardía. Su mirada era totalmente indescifrable: nunca me transmitió certeza de nada. En la ciudad destacaba por ser un hombre apuesto, pero también por su sentido del humor, por su carisma y su cultura: estaba siempre informado de todo y tenía el don de la palabra. En la casa, destacaba por su látigo de cuero y con puño de plata, que usaba cada vez que le daba la gana y nos mantenía aterrorizados a mi hermano Eddie y a mí.

No sé qué hubiera hecho sin mi madre, Bella. Una roca. De pequeño, la miraba hacia arriba y sentía que nadie podía quebrarla: ni la falta de dinero, ni el cansancio, ni los gritos y golpes de mi padre. Era alta y delgada, con una tez blanca, cara

más o menos alargada y pecosa. Bajo su frente amplia, la mirada estaba enmarcada por unas cejas que le quitaban algo de ingenuidad a esos ojos claros. Tenía unos labios delgados y suaves, que reflejaban la delicadeza con que enfrentaba todo... y la nariz. La nariz no era desproporcionada para su cara, pero tampoco era pequeña, seguramente para que no fuera a pasar que alguien -confundido por su dulzura- olvidara el carácter que esta mujer tenía en el fondo.

Siempre con una sonrisa y esa mirada capaz de calmar un incendio, me cantaba:

“Georgie Porgie went to town
upon a little pony,
stuck a feather in his hat
and called it Macaroni”.

MONTEVIDEO Y MIS ABUELOS

Nací un 11 de febrero de 1947 en Buenos Aires. Dos primaveras pasaron antes de que llegara mi hermano Eddie, fiel compañero de juegos. Seis años más tarde, nacería Danny, el menor de los tres y el más alegre de la casa.

En el 52 mis papás decidieron mudarse a Montevideo. Aterrizamos en la casa de mis abuelos paternos, una vivienda antigua a la que se entraba a través una puerta de roble que medía casi tres metros de altura. Abriendo sus dos hojas se daba paso al zaguán: un patio de baldosas gastadas y un techo de vidrio que dejaba pasar la luz del sol durante la mayor parte del día. Ahí, en esas baldosas, nos pasábamos tardes enteras andando en bicicleta con Eddie. No podíamos salir solos a la calle, porque la casa estaba ubicada en pleno

centro de Montevideo. El zaguán -siempre disponible- era nuestro hábitat de juegos.

Casi todos los dormitorios estaban conectados con el patio; separados por las enormes puertas de roble. Una de ellas daba a otro patio, que usábamos de comedor de diario. A la derecha estaba la cocina y a la izquierda la escalera de fierro. ¡Cómo olvidar esa escalera! Funcionaba como matadero para mi abuela Yaya, que como buena catalana antigua, sabía muy bien cómo degollar un conejo.

Ella era alta, grande, imponente. Tenía una voz fuerte y vestía siempre sobria, siempre seria. Polleras grises, blusas negras o blancas; creo que jamás la vi con alguna prenda roja o verde. Nunca supe con certeza qué pensaba, porque sus anteojos culo de botella impedían ver su mirada.

Con sus manos fuertes y blancas, tomaba la cuchara de palo que le ayudaría a dejar su presa

lista para ser degollada: un golpe seco detrás de las orejas era suficiente. Cuando los ojos del conejo estaban ya desorbitados, lo colgaba de sus patas traseras en la escalera de fierro y tomaba su cuchillo favorito y recién afilado. ¡Decapitaba al pobre conejo sin titubear! Después de esperar que la sangre escurriera, comenzaba el proceso de pelado. Parte de la presa sería utilizada para el almuerzo, el resto iría a un frasco de vidrio para almacenarse en nuestro lugar favorito de la casa: el sótano. En el suelo de madera de una habitación contigua al comedor de diario, estaba la misteriosa tapa, que al abrirse daba paso a la escalera subterránea. Sólo bajábamos si por descuido alguien dejaba abierta la tapa. Sólo en esos casos, nos quedaba a mí y a Eddie el paso libre al mundo prohibido.

Palomas y conejos al escabeche por doquier, pimientos en conserva, tomates, mermeladas y otras curiosidades ocupaban de lado a lado la estantería de madera del sótano. Bajar a esa sala oscura era una de nuestras más preciadas aventuras. Lo mejor de todo: la invisibilidad del pasadizo. Si no mirabas con cuidado no te dabas cuenta de que parte de ese suelo de madera podía abrirse para dar paso a la escalera.

LIBERTAD EN LA BLANQUEADA

Llevábamos un poco más de un año en casa de los abuelos cuando nos cambiamos a la casa definitiva en La Blanqueada. Era un barrio modesto, pero nuestra casa era la mejor entre varias cuadras: moderna y de dos pisos.

Pasar de una casa en el centro a La Blanqueada fue para nosotros como salir de la jaula: desde el zaguán de la casa de mis abuelos a un barrio entero para disfrutar.

A primera vista, Eddie y yo nos parecíamos bastante: pelo rubio, no mucha carne en el cuerpo, piel blanca y pecas en toda la cara. Una segunda mirada bastaba para comenzar a notar las diferencias. Además de que su pelo era poco más claro, su vestimenta estaba siempre más descuidada que la mía. Nunca le importó cómo

vestirse; su cabeza divagaba en el mundo de las ideas y desde chico le apasionó la lectura. Tenía muchísimas habilidades en Lenguaje, Idiomas y Matemáticas. La sala de clases o una biblioteca eran para él un escenario perfecto.

Para mí, en cambio, no había nada mejor que las calles del barrio. En la sala de clases era incapaz de quedarme quieto.

Aburrido de la voz lenta y pausada de la profesora, comenzaba a doblar papeles para hacer un avión y tirarlo al otro lado de la sala; para luego contarle a mi compañero de banco lo que tenía planeado para el recreo; hacer una pelota de papel con el mensaje -porque al parecer el avioncito no había llegado a buen destino-; preguntarle al flaco de al lado por qué tenía esa cara de risa y recibir el avioncito que me mandaban de vuelta desde el otro lado de la sala, para luego pararme a buscar...

-¡Georgie! ¡A la oficina de la Mrs. Wood!

En ese momento la voz de la profesora dejaba de ser lenta y pausada. Vivía en la puerta de la Directora; en vitrina. “Que todos sepan que Jorge Laporta está castigado”. Tan asiduas eran mis visitas a esa oficina, que Mrs. Wood empezó a quererme y yo también a ella: todavía conservo la colección de monedas de su difunto marido que un día decidió regalarme. No, Mrs. Wood no me asustaba. Pero de todas formas quería irme siempre del colegio; y cada tarde contaba los minutos para que llegaran las 15:30 y sonara el timbre: hora de la libertad.

En el barrio, la cosa era diferente, me sentía como rey. Había un sinfín de cosas por hacer y todas me gustaban: cometas, trompo, bolitas, *la Rayuela...*

¡Básquetbol! Nos pasábamos tardes enteras jugando básquetbol. Había una cancha en la zona trasera del club Tuyuti, donde los viejos del barrio se entretenían con la bocha y las cartas. Ellos, sentados, tranquilamente entre vasos de grapa y humo de tabaco. Nosotros, corriendo como locos por la cancha de básquet, siempre dando botes y concentrados en esquivar al gordo que se venía encima para quitarnos el juego. En la cancha del Tuyuti, dábamos lo que fuera por encestar en el canasto.

Con la pelota naranja, Eddie era un fiasco; estoy convencido de que nunca ha habido conexión efectiva entre su cerebro y sus extremidades. Simplemente no tiene reflejos: las órdenes de su sistema nervioso llegan por lo menos con cinco segundos de atraso. Cinco segundos que,

obviamente, el contrincante aprovecha para llevarse la pelota al otro lado de la cancha.

Y, bueno, la verdad es que el problema no estaba precisamente en la pelota naranja, Eddie era un fiasco con cualquier pelota. Nunca fue muy asiduo a los deportes: no le gustaban. Yo, por mi parte, nunca fui el goleador del barrio ni un Michael Jordan en el básquet, pero me involucraba en toda pichanga que se me presentara. Y en el barrio La Blanqueada, por suerte, las oportunidades nunca faltaron.

Cuando el tiempo o el humor no se prestaban, en lugar de correr por las calles o la cancha nos dedicábamos a armar nuestros álbumes. Copa América, equipos de fútbol de Uruguay o personajes de la película animada de moda podían ser excusa para repletar el álbum de figuritas.

Sólo los afortunados tenían el privilegio de abrir un sobre nuevo. Todos lo mirábamos envidiosos mientras rasgaba el papel del sobre y sacaba cada una de las láminas...

-¡Guillermo Escalada! ¡El Chongo! ¡Ese sí que es goleador! ¡Qué suerte! ¡A nadie en el barrio le ha salido! -decía exaltado uno de los espectadores.

-A mí sí, ya la tengo -respondía con tranquilidad y picardía el afortunado dueño del sobre-. Te la cambio por la de Forlan.

Había que ser bueno en los negocios para salir ganando con los trueques; las figuritas de goleadores tenían mucho valor. Más aún si eran uruguayos. Podías cambiar cinco por una, siete por una o incluso diez por una, si era la que estaba pendiente en tu álbum.

Aunque nuestra situación económica no era buena, mi mamá se empeñó en matricularnos en

uno de los mejores colegios de Montevideo. Tuve muchos amigos en el curso y pasaba tardes enteras en sus casas. Cuando llegaba de vuelta a la mía, veía cómo mi mamá tenía que quedarse despierta hasta tarde reparando calcetines mientras a mis compañeros les compraban un par nuevo en la tienda de moda. Tenían en su casa el famoso tren eléctrico, autos con choferes... Pero yo no. Yo no, mi mamá, no; Eddie, no. Ni nosotros, ni alguno de mis amigos en la Blanqueada.

Sentía que era injusto; y comencé a experimentar algo parecido a la impotencia. Me juraba a diario que mi futura familia no sería pobre; que mis hijos no pasarían nunca por lo que mis hermanos y yo vivíamos. Una necesidad imperiosa de salir de la situación económica en que estábamos inmersos empezó a incubarse en mí.

DULCE NAVIDAD

Es difícil ahondar en recuerdos de la infancia, pero... ¿quién no recuerda Navidad?

Navidad para nosotros era un día especial. Mamá siempre se esforzaba para que hubiera algo rico de comer, dentro de nuestras posibilidades. No era experta en cocina porque siempre trabajó como secretaria, pero tenía una señora que la ayudaba. Juntas, preparaban una carne con salsa y adornaban la casa para pasar el día en familia.

Ella se vestía con su tenida de siempre: sencilla pero elegante; así se lo exigía su trabajo. Papá, en cambio, salía del dormitorio ataviado de una forma que robaba todas las miradas de la casa. Zapatos de charol, pantalones negros, esmoquin de lino blanco cruzado. Al cuello, una moñita y, en la cara -bajo el bigote-, una sonrisa. Se había salido con la

suya: iba a pasar la Navidad donde quería y junto a quien quería. Ese día no había látigos.

Cuando cerraba la puerta desde afuera, en la casa todo era tensión. Nadie decía nada, pero todos sabíamos que mi padre iba a pasar las fiestas con la otra mujer.

Podía ver la tristeza en los ojos de mi mamá, a pesar de sus esfuerzos por mantener la sonrisa. Nos tomaba del brazo y hacía como si nada, necesitaba aferrarse a esa imagen de familia que la vida trataba de desvanecer frente a sus ojos.

Nunca salió de su boca una mala palabra en contra de mi padre. Para ella la familia unida era lo más importante y su apego a la religión hacía que el divorcio fuera algo inconcebible.

QUÉ CABRÓN

María era la putita de la Blanqueada, todos querían comérsela. Un trasero de piedra y unos pechos siempre más al descubierto que los del resto de las mujeres, llamaban la atención de los hombres del barrio. Lástima que su dentadura estaba demasiado podrida como para darle un beso. Y que, aunque hubiera tenido una boca perfecta, yo a mis 10 años no tenía ninguna posibilidad.

Trabajaba en mi casa haciendo el aseo y alojaba varios días a la semana en una cama que mi madre había acomodado en el garaje. Con Eddie nunca sentimos afecto por ella. Nos cargaba que nos diera órdenes como si fuera nuestra madre, que nos obligara a comernos la comida que no nos gustaba y que nos acusara por todo. En nuestra defensa, la

hacíamos rabiar cada vez que surgía la oportunidad.

Para mí, lo mejor de todo era botar el balde con que trapeaba el suelo: cuando se agachaba para recogerlo, podía ver cómo el delantal se levantaba, dejando al descubierto su trasero y piernas.

Sabía que si algún alegato llegaba a los oídos de papá, los latigazos serían ineludibles, pero las razones por las cuales mi padre decidía pegarnos eran tan variables que en realidad daba lo mismo lo que hiciéramos Eddy y yo. Más importaba la suerte que hubiera tenido él durante el día o las ganas de golpear acumuladas en el momento de desahogarse.

El garaje era su sala de tortura, ahí se descargaba la mayoría de las veces. Recuerdo patente el día en que osé defenderme: asustado por lo que se me venía encima, esquivé uno de sus

golpes y su puño fue a dar contra una parrilla. Hecho una furia, salió persiguiéndome hasta mi dormitorio, donde Mamá trató de intervenir. El monstruo de mi padre la empujó con fuerza y ella cayó al piso sin poder hacer nada. La paliza que me esperaba era ineludible, pero había dejado de importarme. La imagen de mi madre en el suelo era, con seguridad, el peor castigo que podría haber recibido.

Con Eddie vivíamos siempre asustados, siempre en tensión: era imposible predecir la forma en que mi padre iba a reaccionar.

Un día, ya aburrido de golpearnos, decidió modificar su método:

-Peleen entre ustedes -nos dijo a mí y a Eddie-. Castíguense como se merecen y no paren hasta que yo diga.

Nos miramos el uno al otro confundidos por la extraña orden. Asustado por la impaciencia de papá, Eddie se abalanzó sobre mí como un oso. Me moví para esquivarlo y su cabeza se estrelló contra una garrafa llena de parafina. Tan grande fue el impacto que quedó atascado y tuvimos que romper el vidrio para liberarlo. De la garrafa, claro, porque del olor a parafina no se liberó en un mes.

Qué cabrón fue mi padre.

Siempre encontraba formas de sorprendernos y demostrar una vez más lo sinvergüenza que era.

Un día, llegando del colegio, entré al garaje y lo vi encamado con la putita de María. ¡En la cama que mi madre había acomodado! Pensé en ella y se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡Cómo era capaz de hacerle algo así! A mi madre, tan pura, tan buena, tan dispuesta siempre a hacer lo que fuera por la familia. En esos momentos, más que nunca,

deseaba ser mayor para enfrentar de una vez por todas al sinvergüenza de mi padre.

Por suerte, nuestro hermano menor -Danny-, no se enteraba de nada. Tenía apenas seis años, afortunadamente demasiado pocos como darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Con su pelo claro y enrulado, caminaba por la casa como un rey. ¡Nunca sufrió de los castigos de mi padre! Y es esa, quizás, una de las razones por las cuales su chispa se ha mantenido intacta a lo largo de los años. Siempre ha sido y siempre será el que nos alegra la vida con su risa a flor de piel.

A mí y a Eddie, los golpes de papá nos hirieron como marcan al ganado con fierro al rojo vivo.

Mi padre era el hombre de los conflictos, el hombre de las desilusiones: siempre prometiendo oro y entregando mierda. Siempre excusándose con un imprevisto que impedía que sus brillantes

proyectos salieran a flote y que sus puras intenciones pudieran al fin llevarse a cabo. Toda la vida haciendo soñar a los que lo rodeábamos con que las cosas iban a mejorar, con que al fin íbamos a ser recompensados.

Pero la frustración y la rabia comienzan a acumularse. Y como todo en la vida, tiene que haber una válvula de escape que permita la necesaria fuga.

Hace años que todos estábamos enterados de que mi padre tenía otra mujer. Mi madre había permanecido impasible toda su vida, pero una tarde de invierno, algo la impulsó a actuar de una forma que por primera vez se escapó de su carácter imperturbable.

Esa tarde, después de más de diez años de rabia acumulada, decidió seguirlo hasta su encuentro con la otra. A la entrada de un bar, se armó de

coraje para enfrentarlos y fue ahí donde se desencadenó todo.

Y Pola, la mujer que había conocido a mi padre a sus 17 años, parecía la más sorprendida de todos. Al parecer, mi padre la tenía convencida de que estaba separado y el impacto hizo que se desmayara en medio del alboroto.

Seguramente fue el desfallecimiento lo que hizo recobrar a mi madre su carácter de siempre, porque -insólitamente- decidió traerla a su propia casa para que se recuperara.

Con Eddie estábamos tomando té cuando sonó el timbre y vimos entrar a mi madre junto a esta mujer confundida, a la que había traído a casa para que pudiera tomar un té y recostarse un rato. Tras ellas, mi padre; que con sus hombros caídos y su mirada al suelo nos ayudó a comprender la situación.

Recuerdo patente a Pola, pálida y con los ojos vidriosos, sentada en uno de los sillones del living, junto al mueble de madera de cedro en el que descansaba el tocadiscos. Tenía el pelo oscuro y la tez blanca; su expresión era la de una mujer buena que -al igual que nosotros- había sido embaucada por mi padre.

Pero no había gritos, ni golpes. Esta vez, mi padre tenía por primera vez una actitud servil, y como el perro que sabe que orinó donde no debía, esperaba en silencio la reacción de mi madre. Ella, para impacto de todos, también permanecía callada. Pero tenía esta vez la frente en alto y, con actitud resuelta, caminaba a paso firme trayendo desde la cocina una taza de té para Pola. No decía nada, pero bastaba con observar su mirada para saber que sus años de yugo habían terminado. No estaba dispuesta a seguir aguantando a mi padre.

-Ándate de la casa, Papá, no queremos saber más de ti -me atreví a decirle, con la seguridad de que esta vez mi madre me apoyaría.

-Es verdad, Jorge. Para nadie va a ser bueno que sigas viviendo con nosotros.

Las palabras de mi mamá sonaron en mi cabeza como un coro de ángeles. Al fin, la tortura diaria y las reacciones inesperadas de mi padre en casa se habían acabado.

ACOGIDO DONDE MARTA Y POLICHO

Imposible no mencionar a mis segundos padres: Marta y Policho. Gracias a ellos, viví los veraneos que todo niño sueña. Marta, la hermana de mi padre, era una mujer íntegra, muy culta y guapísima, que con sus ojos claros y su piel bronceada hacía dar vuelta a los hombres. Era la directora del colegio de Pan de Azúcar, un pueblito cercano a Piriápolis, ciudad balnearia donde mi tío Gustavo Sosa, alias Policho, dirigía la Colonia Vacacional. Él, Policho, era alto y muy flaco, engominado para atrás y con bigote. Deportista y siempre listo para ir a la playa, pero sobre todo, siempre listo para ayudar a otros. Marta y Policho eran los héroes de Piriápolis.

En la Colonia Vacacional, más de doscientos niños de bajos recursos nos repartíamos entre las

diferentes habitaciones, que tenían alrededor de diez camarotes cada una. En “Margaritas”, “Torcazas” o “Claveles”, dormíamos felices soñando con las aventuras que viviríamos al día siguiente. Durante las mañanas íbamos a la playa, que muchos tenían la posibilidad de contemplar por primera vez. En las tardes jugábamos y nos moríamos de la risa con el “Conjunto Potichín”, la compañía de títeres de la Colonia con las voces de Marta y Policho.

Y en el comedor nunca faltaba comida. Tenía grandes ventanales que daban a la playa y un jardín poblado de enormes hortensias. En la terraza, había un montón de sillas perezosas cubiertas de tela a rayas: azul y blanco, rojo y blanco, amarillo y rojo.

-¡Hay una para cada niño! -decía mi tía Marta riendo mientras corríamos a dormir la siesta-. No es necesario que se las peleen.

Pero Marta y Policho no sólo me acogieron todos los veranos de mi infancia. Marta y Policho fueron para mí una guía. Me entregaron disciplina, educación, amor.

Cuando años más tarde abandoné la escuela, podría haberme convertido en un vago. Estoy seguro de que mis tíos, junto a mi madre, fueron las piezas clave para que las cosas se hayan dado de una forma diferente.

Marta y Policho vivían rodeados de cultura: los libros, el teatro y la música eran parte importantísima de su vida. Yo, que en algunas ocasiones tenía el privilegio de cenar con ellos y no en el casino en que comíamos todos los niños, me vi inmerso en numerosas conversaciones sobre el

mensaje de Tolstoi, la ideología de Marx y Lenin o la historia del teatro.

Porque si la cultura era importante, la política para ellos era vital. Ambos eran entusiastas dirigentes del Partido Comunista en Uruguay: soñaban con la equidad y un sistema público digno para todos. Yo me llenaba de irritación cuando llegaba su grupejo de amigos comunistas: siempre quejándose, siempre en contra de todo. Ya desde los 11 años mantenía discusiones de igual a igual con los adultos. Durante esa época, leí muchísimo sobre la ideología comunista, pero mi instrucción no hizo más que reafirmar mi postura contraria.

A mis primos siempre les costó entenderme. Para Laura, Gustavo y Beatriz, el comunismo era su pasión. Formaron parte de “Los Tupamaros”, grupo subversivo compuesto en su mayoría por jóvenes profesionales y de clase social media alta o

alta, que ejerció durante esos años como una guerrilla urbana y se financiaba con robos a los bancos y casinos. El entusiasmo político llevó a la cárcel a dos de mis primos y a mis tíos; Policho llegó a estar ocho años encerrado. En la época en que Fidel abrió la posibilidad de que entraran extranjeros a Cuba; Marta, Policho, Laura y Gustavo decidieron partir a trabajar por la revolución (Beatriz nació mientras vivían allá). A su retorno, me di cuenta de que sus ideales habían sido sacudidos por lo visto y lo vivido en la tierra del comunismo: aunque Policho partió hacia Cuba nuevamente, mi tía y mis primos no quisieron volver más.

Seguramente fueron nuestras diferencias políticas las que terminaron separándome de mis primos. Nunca comprendieron por qué no seguí el mismo camino que ellos. Yo, por mi parte, les

guardo muchísimo cariño y respeto, sobre todo a
Marta y Policho, que fueron mis segundos padres.
Fui feliz con ellos y mis primos; agradezco
profundamente todo lo que me entregaron.

MONTEVIDEO A MIS PIES

Tenía 12 años cuando nos quedamos “sin padre”. Y aunque puede sonar algo ridículo, en esos momentos sentí la responsabilidad de ser el hombre de la casa. Los ingresos de mamá siempre habían sido los más importantes, pero no bastaban para mantener a la familia, por lo que -conversando con ella- decidimos buscarme un empleo.

Como ella trabajaba en Coca-Cola, le fue fácil hacerse de contactos y conseguir que CYNSA, la agencia de viajes que prestaba servicios a la empresa, me abriera las puertas a mis doce años y con pantalón corto. Los niños se vestían de largo sólo desde el día en que cumplían quince, por lo que me vi obligado a pasar un buen tiempo siendo

el único en toda la empresa que mostraba los tobillos.

Mi trabajo consistía en trasladar tickets aéreos, pasaportes y todo lo que fuera necesario para que los viajes pudieran desarrollarse sin problemas. Caminando, en omnibús o como fuera, me movía entre las líneas aéreas y las empresas a las que pertenecían los clientes. ¡De alguna manera tenía que arreglármelas! Para CYNSA no existía lluvia o frío que impidiera que los clientes recibieran sus tickets.

Al comienzo, me propuse compatibilizar escuela y trabajo; pero a la larga fue imposible, en la Agencia, se me cerraban los ojos tratando de aguantar el sueño. Decidí entonces abandonar el colegio y el escenario cambió completamente. Las 24 horas del día y las calles de Montevideo estaban a mi entera disposición. Como si hubiera tenido 30

años, me paseaba por las calles con mi maletín y observando impactado todo lo que me rodeaba. La indigencia, prostitución infantil y delincuencia se grabaron a fuego en mi cabeza. Sin duda, contribuyeron a construir la coraza que me permitiría protegerme del mundo.

¡Pero no todo en las calles era malo! Me encantaba pasar por “La Pasiva”, un boliche en medio de plaza de la Independencia. Un alemán de 65 años que preparaba su propia mostaza, había revolucionado la forma de hacer “panchos” con un pan delgadito que permitía disfrutar el sabor de la salchicha como ningún otro. Hasta el día de hoy, no puedo dejar de visitar “La Pasiva” cada vez que voy a Uruguay.

Ahora -de adulto- puedo ir con calma; en esos tiempos, tenía que darme prisa. Sabía que al llegar a la oficina, tendría cientos de encargos

esperándome. Sabía que me encontraría con mi jefe Walter y que el hijo de puta me golpearía en la cabeza con la guía telefónica. Pero Walter era mi aliado y los golpes eran sólo una forma de reírse. La enemiga era otra: una vieja rezongona que trataba como basura a quien se le cruzara. Yo, por supuesto, con mis doce años era uno de sus blancos preferidos. ¡Pero se equivocaba conmigo! No tenía intenciones de dejar que nadie me tratara mal; menos después de la experiencia que ya había tenido con mi padre. Cuando la vieja me fastidiaba, yo le contestaba como si fuera ella la de los doce años.

-¿Y usted? ¿Trata a sus hijos igual como me trata a mí cuando está en su casa?

Me sentía el rey del mundo con mi maletín y no era fácil que una señora cualquiera llegara a bajarme los humos.

Cuando llevaba casi dos años trabajando, sentí que era el momento de comprarme un pantalón largo. No había cumplido los quince, pero tenía la posibilidad de hacerlo. Cuando me los puse por primera vez, sentí que mi cara de niño había desaparecido para siempre: con el pantalón largo, tenía el mundo entero a mis pies.

DE CUANDO ME CONVERTÍ EN HOMBRE

-Y bueno, ¿te interesaría la propuesta? Ocuparías el puesto de recepcionista -me decía Mr. Hugo, mientras se acomodaba su moñita roja.

Jorge Hugo era una de los cinco dueños de la agencia de viajes y había comprado el hotel Lancaster. Se paseaba por las oficinas, siempre elegante y serio, con su traje negro y pelo rubio cortado a la usanza “marine” norteamericana. Ese día estaba reclutando personal para su nuevo negocio.

-Como bien sabes, el Lancaster es un hotel de buena reputación; necesitamos personas serias y eficientes -decía mirándome de arriba abajo, como tratando de averiguar si el joven que tenía enfrente era o no apto para desempeñar el cargo.

-Nuestros pasajeros están acostumbrados a que los recepcionistas respondan prontamente. *Tours*, excursiones, reservas a restaurantes. Y bueno, de más está decir que las habitaciones deben estar siempre impecables. No vas a hacer tú el aseo, pero todo es finalmente parte de la responsabilidad del recepcionista, ¿no?

Una semana después, a mis quince años y vestido de recepcionista con un traje nuevo que había conseguido con la ayuda de mi madre, atravesé por primera vez la puerta giratoria del hotel Lancaster. El edificio tenía quince pisos y estaba ubicado al centro de Montevideo, en la Plaza Cagancha. Ese día, caminé confiado por el piso de mármol y observé cuidadosamente lo que iba a ser mi lugar de trabajo durante tres años.

Mi jefe directo era Fortunatti. Tenía unos cuarenta y tantos años y estaba a esas alturas

quizás un poco entrado en carnes, pero lucía siempre impecable con sus galas. Ternos marrones, azules o grises, siempre cruzados y a la medida. En el cuello, usaba una corbata de seda; y en los puños, elegantes colleras.

Su condición homosexual, que sólo algunos adivinaban observando sus refinados modales, nunca interfirió negativamente en su trabajo. ¡Todo lo contrario! Tenía una sensibilidad que le permitía descubrir todo lo que un recepcionista necesita percibir en un cliente: en pocos minutos, Fortunatti hacía su radiografía y daba en el clavo.

-¿Así es que les gusta el tango? Bueno, conociéndolos, me imagino que no cualquier tango. A siete cuerdas se encuentra el lugar perfecto para ustedes; el caballero de azul los dejará en la puerta.

Como buen líder, estuvo siempre preocupado de enseñarme todo lo que tenía que saber para

entregar un buen servicio a los clientes. Hasta hoy me mantengo fiel a sus lecciones.

Me enseñó, también, a sacar el máximo provecho a todas las oportunidades.

Al comienzo pensaba que el mejor turno era el de mañana, hora en la que la mayoría de los clientes realizaba el *check-out*, dejando generosas propinas. Gracias a Fortunatti, conocí las ventajas de los turnos de noche en un hotel:

-¿Me vas a decir que pensabas que esas lindas y provocativas mujeres venían acá con esos viejos por amor al arte? Dios, mío, qué niño más ingenuo -decía entre risas y tapándose los ojos-. Si ellas se ganan su platita, ¿por qué Jorge habría de quedarse sin pan ni pedazo?

Desde ese día, al igual que mi jefe, comencé a cobrar una comisión del veinte por ciento a las prostitutas. A medida que pasaban los días, mi

libreta estaba cada vez más llena de “contactos”, por lo que los clientes empezaron a acudir a mí para conseguir señoritas.

Cuando ya llevaba dos años trabajando, tenía bastante dinero ahorrado. Empecé, así, a fantasear con uno de mis mayores anhelos: el Citroen 2CV.

Aunque era impensable que un joven de 16 años fuera dueño de un auto, parecía que las cosas se estaban dando para que lo lograra. Por mi nacionalidad argentina, tenía derecho a comprarme un auto allá y traerlo a Montevideo. Allá, en Buenos Aires, los autos estaban baratísimos y mis ahorros eran suficientes como para comprar una *Citroneta*.

El famoso 2CV Se llamaba así por la potencia de su motor: dos caballos de fuerza. Tenía ángulos redondeados y -al estilo Citroen- toda la

maquinaria adelante, lo que daba a su carrocería una forma especial. Estaba coronado por dos focos delanteros que parecían los ojos de una rana, y -en el techo- lucía una tela de lona que se podía deslizar hacia atrás, dejando el cielo al descubierto. Paraguas rodante, le decían algunos al *Chitrulo*. Era ruidoso como él solo, pero qué importaba; estando dentro de esa joyita nadie quería pasar desapercibido.

Por esas casualidades de la vida, papá era un tuerca: sabía de motores más que nadie en el mundo. Como si fuera poco, vivía en Argentina y estaba dispuesto a ayudarme a buscar el auto. No lo veía desde hacía cinco años, pero seguía siendo mi papá y me ofrecía ayuda. ¿Qué más podía pedir? Aunque me costaba creerlo, todo se estaba dando para que el manubrio de la *Ranita* estuviera entre mis manos.

Lo conversé varias veces con mi madre -que no estaba totalmente convencida-, pero de todos modos tomé la decisión de partir a Buenos Aires. Viajé en un barco que salía a las nueve de la noche y llegaba a puerto a las siete de la mañana del sábado. La ansiedad no me dejó dormir en todo el camino.

Nos pasamos mañanas y tardes completas buscando el famoso auto, pero nunca aparecía el indicado. Algunas veces el precio era demasiado elevado, otras veces el motor no funcionaba como se esperaba o la carrocería estaba muy desgastada. Yo no sabía mucho de autos entonces, por lo que era mi papá quien se encargaba de revisar los diferentes candidatos y discutir con los vendedores.

-¿49.000 pesos? En menos de un año habrá que cambiarle la caja de cambios, no vale la pena gastar

esa plata por un auto en ese estado -le decía mi padre al vendedor. Y partíamos a la siguiente tienda.

-Georgie, este auto sí que está chocado, ¡parece membrillo! Por 51.000 pesos estoy seguro que encontramos otro mejor.

Y así pasaron los días. Sábado, domingo, lunes... Estábamos agotados. Habíamos recorrido todo Buenos Aires y aún no aparecía mi auto. Mi padre me propuso seguir él buscando el auto adecuado y llevarlo a Montevideo apenas lo encontrara. Mi pasaje de vuelta estaba comprado y tenía que volver a trabajar al hotel, por lo que acepté su oferta. No me quedaba otra opción.

Volví a Montevideo en el mismo barco, pero esta vez fue la angustia la que no me dejó dormir. Estaba empezando a desilusionarme y mi desconfianza empezó a despertar: no quería creer

que mi papá me fuera a robar la plata, pero las cosas se estaban poniendo ya demasiado confusas.

Cuando llegué a casa y le conté a mi madre lo sucedido, me bastó con ver sus ojos para saber que había tomado una mala decisión. Tres semanas después, llamamos a papá y nos respondió con un montón de excusas, que me hicieron -al fin- asumir la realidad: había sido engañado por mi propio padre y mi sueño de tener un auto era ahora nuevamente inalcanzable.

Así, mi viejo me impartió una de sus principales lecciones en mi juventud: el ser humano no es de fiar.

DE CUANDO ME CONVERTÍ EN EMPRESARIO

Mientras, a los 12 años, trabajaba como junior en la agencia de viajes CYNOSA, se integró el famoso Omar Trombotti a la empresa con la misión de formar un departamento de carga aérea.

Pasaron tres años y yo me fui a trabajar al hotel Lancaster, para luego a los 18 años volver a Buenos Aires a reclutarme para hacer el servicio militar, en 1965.

Cuando a los 19 años volví a Montevideo, Trombotti se había independizado de CYNOSA para crear su propia empresa de mudanzas internacionales: Aero Expreso Uruguayo. Se contactó conmigo y me ofreció entrar al departamento de ventas: mi trabajo consistiría en vender el servicio puerta a puerta. Encantadísimo, acepté el cargo sin saber que estaba entrando en el

rubro en el que permanecería para siempre. Trombotti se convirtió en mi primer maestro.

Era famoso por haber comenzado su carrera como un simple maletero de Panam, que por esos años era la línea aérea más importante del mundo. Fue ascendiendo de a poco en el departamento de carga aérea y con el paso de los años se convirtió en un experto: según decían todos en el rubro, nadie en el mundo de la carga y las mudanzas internacionales sabía más que Omar Trombotti.

¿Cómo vender? ¿Cómo embalar? ¿Dónde está la rentabilidad? Él lo manejaba todo a la perfección. ¡Y sin haber tenido ningún tipo de educación formal! Como cumpliendo con una especie de ritual, Trombotti se instalaba todos los días en la oficina de alguno de sus trabajadores con block y lápiz. Con paciencia del que está decidido a tener éxito, tomaba nota de todo: técnica utilizada,

desafíos pendientes, errores de proceso, metas cumplidas.

Creo que ese block fue para Trombotti más eficiente que la mejor de las escuelas.

Como jefe fue muy generoso en cuanto a sus conocimientos, por lo que aprendí muchísimo de él. Sólo una cosa empañaba a Trombotti y era su carácter: nunca fue bueno para valorar a sus trabajadores, ni para tratarlos bien tampoco.

Cuando la empresa tenía alrededor de un año de funcionamiento, decidió contratar como Gerente Comercial a Ricardo Bianchetti. Irónicamente, el tipo había sido su jefe de toda la vida en Panam, pero no tuvo reparos en formar parte de la empresa del que había sido su empleado. Bianchetti se entregaba en cuerpo y alma a su trabajo; soy testigo de los aportes que hizo a la Compañía. De hecho, crecimos muchísimo en muy

poco tiempo y me atrevo a decir que el milagro se debió en parte al trabajo de Ricardo Bianchetti. Pero Trombotti nunca supo valorarlo.

-¡Las metas, boludo, las metas! -decía Trombotti mientras golpeaba la mesa-. ¡Con esa pasividad no llegamos a ningún lado!

En esos momentos, yo era un simple vendedor, pero de alguna forma me sentía identificado con Bianchetti. Cuando sacrificas todo por el trabajo, esperas que al menos tu jefe lo valore: si tu jefe es Omar Trombotti, puedes esperar sentado y aguantar los insultos.

Para él, sacrificar todo era lo mínimo, porque -de hecho- formaba parte de su sistema de vida. “No para de trabajar ni por un segundo”, decían su señora y su única hija. “Omar no para ni para dormir”.

En 1967, abrió una nueva sucursal en Buenos Aires, International Express. ¡Y me propuso hacerme cargo del área comercial! Para mí ese gesto fue un enorme reconocimiento, que me hizo olvidar rápidamente su mal carácter.

Aceptar este nuevo desafío significó separarme por un tiempo de Raquel, con quien llevaba alrededor de un año pololeando. Iba a visitarla a Montevideo casi todos los fines de semana; en Buenos Aires me sentía solo.

A veces, la soledad te obliga a apurarte a tomar decisiones importantes y es probable que este haya sido un buen ejemplo de ello. Nos casamos por el civil en Montevideo y nos mudamos juntos a un departamento en Buenos Aires. Estaba ubicado en Avenida Las Heras y tenía un solo dormitorio. En el living, dos sillones que parecían de piedra y un aire acondicionado que no servía para enfriar,

pero sí para hacer un ruido que desesperaba hasta al más paciente de los seres humanos.

Raquel consiguió un trabajo como secretaria en Nestlé. Yo, en International Express, laboraba como loco: los horarios eran eternos y apenas veía el departamento. Con terno, 35° de calor y una humedad infernal, me pasaba todo el día caminando de una oficina en otra: mi tarea consistía en visitar empresas y se ubicaban casi todas en el centro.

Había tenido una mejora salarial importante, pero sentía que no era suficiente en comparación al esfuerzo y los frutos que mi gestión estaba generando.

Llevaba ya cinco años en la empresa de Trombotti. Justo en ese momento, una compañía llamada Exprinter Lift Vans estaba dando sus primeros pasos en el mundo de las mudanzas

internacionales. Me ofrecieron la Gerencia Comercial y sentí que era una buena oportunidad, por lo que decidí tomarla.

Lamentablemente, el gerente general de mi nueva empresa era un sinvergüenza y yo nunca he sido bueno para quedarme callado en esos casos. No me importa que sea el gerente general, Obama o el rey del mundo: cuando alguien hace algo que me parece incorrecto, no puedo dejarlo pasar. Como era de esperarse, comencé a llevarme muy mal con el tipo y el ambiente empezó a tornarse cada vez peor. Cuando llevaba casi un año en la Compañía, conocí a Osvaldo Sandoval, que -como caído del cielo- llegó desde Perú a una reunión en la empresa. Era socio de la compañía “Exprinter y Sandoval” y me ofreció la Gerencia Comercial en Lima. Tomando en cuenta la situación en que me encontraba, no dudé en aceptar su propuesta.

Representábamos a la compañía americana de mudanzas internacionales más grande del mundo y en poco tiempo nos convertimos en el agente exclusivo de *Global International*, pero el salario, nuevamente, no se correspondía con lo que estaba generando la empresa. Sandoval se preocupaba sólo de enriquecerse a él mismo y de ser la estrellita frente a los clientes.

Fue entonces cuando -a mis 25 años- *Global International* me ofreció una Gerencia General para Brasil y decidí aceptarla. Tardíamente, Osvaldo Sandoval trató de retenerme, ofreciéndome incluso el triple de lo que me estaba pagando. Pero mi decisión a esas alturas ya estaba tomada. No alcancé a cumplir el año en Lima.

En Río de Janeiro, mi escritorio tenía montañas de carpetas, cada una de las cuales era un embarque del cual tenía que hacerme cargo. A

Raquel le fue imposible acompañarme, porque tenía casi nueve meses de embarazo y nuestra primera hija podía nacer en cualquier momento.

Para mi sorpresa, el momento llegó más temprano que tarde: viajé lo más rápido que pude, pero llegué con un día de atraso a conocer a Lucía. ¿Cómo describir lo que sentí en ese momento? Me resulta casi imposible hacerlo. ¿Cómo explicar esa conexión? Era mi hija, claro, pero así y todo no dejaba de sorprenderme la intensidad con que me sentía vinculado con esa chiquita. ¡Una chiquita que venía recién llegando al mundo!

Y volví a Río, solo, a un departamento que no tenía más que una habitación y un baño, contando los días para ver a Raquel y Lucía.

¡Hasta que llegaron! Y comenzó así nuestra experiencia como padres. Una linda experiencia, en una ciudad hermosa, rodeados de cariocas que

bailaban y cantaban a toda hora. Con Raquel disfrutábamos a concho cada uno de los aprendizajes de Lucía, que nunca dejaba de sorprendernos. Ambas se adaptaron inmediatamente al ambiente y Raquel adoraba Brasil.

-¡Cómo no adorarlo! -decía mientras paseábamos los fines de semanas por las calles y un carioca nos ofrecía choclo con mantequilla con una sonrisa de oreja a oreja. El brasilero es hospitalario, está para la joda todo el día y no se hace problema por nada. En ese ambiente es casi imposible no pasarlo bien.

Pero el lunes tenía que volver a la realidad y rogar para que el montón de carpetas no me impidiera pasar tiempo en casa el fin de semana siguiente.

Al interior del auto camino a la oficina, me moría de envidia: mientras yo transpiraba como loco en mi terno, los cariocas afuera trotaban en traje de baño disfrutando el aire marino.

Pasaron algunos meses y cambié mi oficina a San Pablo y, aunque al fin tuvimos la oportunidad de mudarnos a un departamento decente, las cosas en el trabajo empeoraron. ¡Es que esa ciudad era invivible! Construcción, ruido, tráfico y polución era casi lo único que veía además de mis clientes, que -para empeorar las cosas- se ubicaban en diferentes zonas de la ciudad, obligándome a pasearme todo el día en el auto.

-Necesito alojar alguna noche en mi casa, ¡comer alguna vez en mi casa! -le decía a mi jefe regional.

Pero él no estaba preocupado de mí. Cuando me visitaba, sólo le importaba su amante brasilera, con

la que todos los días iba a “comidas de negocios”. Una noche, tuvo incluso el descaro de invitarme a comer con ella.

-¡Relájate, Laporta! ¡Para qué amargarse! Deja de mirarme con esa cara y tómate una caipiriña -me decía el muy carajo.

El tipo me tenía hasta la coronilla y sus “comidas de negocios” no me producían ningún tipo de diversión. No lo soportaba ni a él ni a su amante. En general, la infidelidad me produce rechazo. Sé que como marido puedo tener mil defectos, pero la lealtad siempre ha sido prioridad número uno. Ser infiel nunca ha estado dentro mis posibilidades, porque creo que no hay dolor más grande que la traición por parte del que escogiste como tu compañero o compañera de vida.

No tenía derecho ni intenciones de meterme en la vida privada del tipo, pero el carnaval constante

en el que vivía hacía que yo tuviera que trabajar el doble; por lo que no me quedó otra que exigirle atención. Cuando se dio cuenta de que yo estaba cuestionando su trabajo, comenzó a acosarme, pidiéndome tareas como loco y regañándome por cualquier cosa.

A los dos años de mi llegada a Brasil, estaba a punto de ser expulsado. Y como si el destino hubiera querido protegerme, todo menos yo se puso patas arriba. ¡Chapter eleven! No fui yo el expulsado, sino la empresa la que se fue a la quiebra.

Sin pensarlo dos veces, hice mi propio cheque de indemnización y devolví uno de los llamados de Osvaldo Sandoval, mi antiguo jefe que no había dejado de buscarme desde mi partida.

Volví a Lima, pero no sin antes hacerme de rogar y negociar mi regreso. Aprovechando el

impulso, negocié también el salario de Miguel Heredia. Había sido mi compañero de trabajo antes de irme y Sandoval lo sobre-explotaba desde entonces sin el menor reconocimiento.

Mi situación económica empezó a mejorar. Vivíamos en un buen departamento y Raquel, al fin, tuvo su primer auto. Pero había algo que no me dejaba tranquilo. Sandoval no pagaba mis comisiones como correspondía y seguía enriqueciéndose a costa de mi trabajo y el de Miguel sin participarnos. Su Fiat de siempre pasó a ser un Camaro y su casa parecía la de un reciente ganador de la Lotería.

El descontento ayudó a que se me prendiera la lamparita y comencé a conversar con Miguel Heredia, que tenía las mismas inquietudes que yo. La idea de independizarnos empezó a rondar alrededor de nuestras cabezas.

-¿Y si las cosas no funcionan como esperamos?
¿Cómo voy a mantener a mi familia? -me decía
Heredia, temeroso.

Miguel Heredia tenía la cara redonda, piel bronceada, pelo negro y un bigote al estilo mexicano. Había sido un muy buen alumno en la Universidad: en Ciencias Económicas, sus compañeros lo reconocieron siempre como un hombre responsable y precavido. Quizás, demasiado cauto para mis parámetros; siempre le costó tirarse a la piscina y probablemente su decisión de independizarse fue una de las excepciones a la regla. Un 20 de julio del año 1974 entramos juntos a la oficina de nuestro jefe y fue Miguel quien tomó la palabra:

-Osvaldo, tenemos algo muy importante que comunicarte -dijo rascándose el cuello-. A fin de mes renunciamos.

-¿Cómo que a fin de mes renuncian? ¿Qué están pensando? -dijo Sandoval mientras su cara se tornaba roja de ira.

Oswaldo Sandoval tenía el don del habla y estuvo a punto de convencer a Heredia de quedarse.

¡Pero no lo logró!

Con un escritorio prestado, dos sillas, un teléfono de dos líneas y una máquina de escribir, comenzamos nuestra experiencia de ser empresarios independientes. Pero Oswaldo, en vez de resignarse, decidió vengarse de nosotros: viajó por todo el mundo diciendo que el Jorge Laporta y Miguel Heredia que todos conocían, en realidad eran unos sinvergüenzas.

Las asociaciones internacionales nos cerraron las puertas, pero no por mucho tiempo. Sobre todo porque el empuje que nos dio esa *vendetta* fue una

de las claves de nuestro éxito: las ganas de vencer al tirano fueron la inyección que nos impulsaba a trabajar todos los días.

Yo repartía a los embaladores en una camioneta del año 65 que se estaba cayendo a pedazos. Chevrolet, roja y con un pick up en el que cabían los materiales de embalaje y tres hombres. Adelante, dos embaladores más y yo de terno, casi listo para ir a visitar a potenciales clientes. Después de dejar todo andando en la casa en mudanza, pedía un baño prestado para lavarme bien las manos y ponerme la corbata.

Nuestra empresa, como todas, tuvo altos y bajos en un principio y el 76 fue un año particularmente difícil. Fue ese mismo año el que eligió mi hijo Sebastián para llegar al mundo. Su nacimiento para mí fue como un bálsamo; encontrarme con él al llegar a casa todos los días era un incentivo de

ánimo y calma que me ayudó a seguir adelante con entusiasmo.

Pasaron cuatro años. La empresa había crecido bastante, lo que me permitió en el año 80 traer a mi hermano Danny a trabajar con nosotros. Hace tiempo que mamá se estaba quejando de su comportamiento a través de cartas y llamados, por lo que mi preocupación había empezado a aumentar:

“Sus juntas no me gustan para nada, Georgie. Y creo que se le está pasando la mano con el trago. Temo que no va por buen camino”.

Decidimos entonces contratarlo. Con su pelo castaño claro ondulado hasta el omóplato y vestido de hippie, llegó al aeropuerto de Lima. Su risa siempre a flor de piel dejaba entrever su dentadura que estaba a punto de podrirse.

Alquilé un departamento para él y conseguí un dentista que arreglara sus dientes. Vestido como trabajador y con el pelo corto, entró a Ward a desempeñarse como junior.

Con el tiempo, fuimos descubriendo que sus encantos y su chispa lo hacían un vendedor innato. Danny se incorporó al área de las ventas y se abrió un mundo para él. La empresa, por su parte, se benefició enormemente de su talento.

Con Raquel, las cosas no iban demasiado bien. Aunque tuvimos bonitos momentos después de habernos casado, la relación se fue desgastando con el tiempo.

Durante nuestros seis primeros años de matrimonio, ella me siguió a Buenos Aires, Lima, Río, San Pablo y Lima de vuelta. Una mujer que apoya a su esposo me parece sin duda admirable.

Fue además una excelente madre y le estoy muy agradecido por eso.

Probablemente nos casamos demasiado jóvenes, probablemente fue un error haber estado de novios a distancia.

Yo, por mi parte, estoy seguro de que no cumplí con las expectativas que toda mujer tiene de un esposo. No estuve demasiado presente; me dediqué 100% a mi trabajo porque era la única forma de que la empresa saliera adelante. Esa ausencia debe haber sido, sin duda, un factor importante para nuestra ruptura.

En el año 1979 nos sometimos a una terapia de pareja para mejorar las cosas, pero nuestro esfuerzo no dio resultado. Quizás había pasado ya demasiada agua bajo el puente, quizás la relación estaba desgastada en exceso.

Raquel se refugió en un grupo de amigos que yo detestaba, amistades de nuestro vecino, que era el embajador guatemalteco en Perú. Para ellos la vida consistía en tomar ron y bailar cumbia. Y a mí me caían como una patada en la guata, sobre todo Jorge Castillo, un tipo al que apodaban “Eye” y estaba -para mi gusto- demasiado cercano a Raquel.

En agosto de 1980, viajé a Costa Rica por trabajo. Cuando llegué a casa con mi maleta, me encontré con Raquel en la puerta.

-A la casa no entras más -dijo con una voz que me hizo sentir que su decisión estaba tomada.

Lucía tenía ocho años; Sebastián, recién cuatro.

MUERTE DE TROMBOTTI: UNA LECCIÓN

Trombotti había sido mi primer jefe en el rubro de las mudanzas internacionales. Como decía su mujer, no paraba de trabajar ni por un segundo. Pero la vida lo obligó a detenerse para siempre una mañana de junio: a sus 59 años, el exceso de trabajo y descuido de su diabetes le pasaron la cuenta.

“¿De qué vale ahora todo su esfuerzo?”, pensaba yo, mientras imaginaba cómo se llevaban el ataúd del que había sido mi maestro. Hasta el día de hoy lo recuerdo con afecto y sé que en el fondo me quería mucho. Yo lo quería y admiraba muchísimo y por eso lamenté tanto la forma en que terminó todo.

Y es que para Trombotti la muerte no fue la única tragedia. Como si hubiera existido la

necesidad de empeorar las cosas, su única hija se había casado con un parásito sinvergüenza que heredó la administración de sus negocios. Se demoró dos años en echar todo por la borda.

¿A dónde habían ido a parar las interminables horas de trabajo de Trombotti? ¿A su piel seca? ¿Sus uñas amarillas? ¿Sus heridas necrosadas por la diabetes?

La vida es injusta y el trabajo no siempre es recompensado: eso aprendí con la muerte de Trombotti. La rapidez con que sus empresas se desvanecieron después de su muerte, me hicieron comprender también la importancia de tener un buen sucesor. Hoy día, por suerte, puedo estar tranquilo al respecto: gracias a Sebastián, Ward no podría estar en mejores manos.

LIMA QUERIDA

Todo se había acabado con Raquel y mis hijos ahora vivían con ella. Me sentía solo; pasaba el día leyendo. Hubo dos personajes sin los cuales no hubiera salido de ese hoyo: Eugenia y Danny.

Danny, mi hermano pequeño, era un gozador empedernido; y sin quererlo me ayudó muchísimo. Riendo siempre por todo, me hacía sentir que la vida era mucho más fácil de lo que yo creía en ese momento. Llevaba menos de un año en Lima y su simpatía y carisma lo habían convertido en un playboy; estaba noche y día rodeado de mujeres lindas, que como si fuera poco empezaron a rodearme a mí también. Lo pasamos bien con Danny, le agradezco mucho haberme acompañado durante esos días.

Eugenia era mi nana, una cholita espectacular. Había criado a los niños y se mudó conmigo después de la separación entre Raquel y yo. Era una gorda de rasgos indígenas y pelo desprolijo, que con una sonrisa de oreja a oreja en su cara ancha, me preparaba un lomo saltado o un suspiro limeño. Todo era dulce mientras no se me ocurriera intrusear la cocina: entre gritos y patadas me sacaba afuera si osaba a invadir su territorio.

-Más te pego, más te quiero -decía después con su voz adormilada y riendo, como una forma de justificar sus arrebatos.

Probablemente no sabía leer ni escribir, pero esa vieja era una maestra; era mi pilar. Yo que nunca había ido al supermercado o planchado una camisa, comía como rey y tenía mi ropa siempre impecable.

-Viaje de negocio importante: cinco días -le decía a Eugenia.

Y a las pocas horas estaba mi maleta en la entrada: traje y corbata, camisas perfectamente planchadas, zapatos relucientes, calzoncillos, calcetines y mi perfume.

Otras veces me tocaba “Elegante sport” y ella sabía descifrarlo a la perfección.

-Oye, pues, Señor, su bolsón -me decía mientras señalaba la maleta que adentro tenía pantalones, camisas casuales y los zapatos adecuados para la ocasión.

Si hay algo que Eugenia odiaba era que llegara con mujeres a la casa. No había día en que no fuéramos con Danny a almorzar; porque claro, esa mujer cocinaba como los dioses. A veces llegaba acompañado de una de mis amiguitas y aprovechábamos la hora de la siesta. Eugenia

pisaba fuerte, miraba al cielo moviendo la cabeza de un lado a otro y respiraba profundo, quizás como una forma de apaciguar su rabia. Además de haber tenido que preparar almuerzo extra y soportar las risas coquetonas de la extraña, la cama principal ahora estaba toda deshecha.

Una de las mujeres a las que a Eugenia le costó abrir la puerta fue a Marisa.

La vi por primera vez en la playa “El Silencio”, en Lima, sentada en la arena junto a varias amigas. Afortunadamente, una de ellas era la mujer con que estaba saliendo Danny. Eran alrededor de las seis de la tarde y la temperatura estaba empezando a decaer. Hablaban todas al mismo tiempo; todas menos Marisa, que miraba de un lado para otro tratando de escuchar los comentarios de cada una. Yo andaba de pesca y sentí que mi anzuelo no podía haber caído en

mejor lugar que junto a esta joyita peruana. Ahí estaba ella, calladita, chiquita, bronceada, con sus grandes cejas y un cuerpazo sensacional, como esperándome.

Me reconoció con el tiempo que no le caí bien ese día. Entonces, vio a un Jorge Laporta que caminaba por la playa con su Rólex de oro y polera Polo. Era coqueto, me hacía notar. A Marisa, con seguridad, le parecí demasiado ostentoso.

De todas formas, se armó una salida entre todos y esa misma noche fuimos a una peña folclórica. Días más tarde, a la playa de nuevo, a cenar, a bailar. Comenzamos a vernos con mucha frecuencia. Los fines de semana llegábamos con carpa y pic-nic a la playa a las 10 de la mañana y nos íbamos recién a las 9 de la noche.

Fue así cómo empezamos a acercarnos. Entre playa, sol, pic-nics y cenas, fue ella quien se

enamoró perdidamente de mí. Y cuando Marisa se aferraba a algo, se aferraba con fuerza.

A mí ella me gustaba mucho, pero no estaba buscando compromiso. Con Felipe Carbonell, un amigo, habíamos planeado un viaje por Oriente: India, Sudáfrica, Mozambique y Kenia.

-¿Para qué vas a ir a la India? No quiero que te vayas; quédate -me dijo Marisa un lunes por la mañana mientras yo arreglaba mi corbata frente al espejo-. Era común que se quedara en el departamento que compartíamos Danny y yo.

Algunos minutos después, mientras conducía solo hacia la oficina, pensaba en sus palabras. No estaba seguro qué sentía por ella, pero la forma en que me necesitaba no dejaba de conmoverme. Marisa se expresaba poco, pero se expresaba con fuerza. Por lo mismo, sus palabras no pasaban desapercibidas. A veces, con su sola presencia,

hablaba sin hablar. Nunca estuve seguro de qué era exactamente lo que estaba pensando cuando la miraba a los ojos, pero había algo en ella esos días que me decía “No te separes de mí”. Me sentía querido por Marisa.

El viaje a la India me permitió hacer una pausa y mirar la situación con algo de perspectiva. Llevábamos ya dos meses saliendo y las cosas se estaban dando muy rápido; yo tenía la necesidad de definirme, no podía ya seguir postergando el compromiso. Marisa, claramente, había dejado de ser una de mis amiguitas y sabía que cuando volviera tendría que decirle algo.

No recuerdo con exactitud cómo, ni cuáles fueron mis argumentos, pero decidí desarrollar la relación.

El paso siguiente era obvio: presentarles a mis hijos Lucía y Sebastián.

Un día sábado por la mañana, como siempre, pasé a buscar a los chicos al departamento, pero esta vez no venía solo. Marisa estaba a mi lado y -aunque usaba taco alto- yo le ganaba por una cabeza. Ella vestía escotada, con una polera y pantalones pegados al cuerpo; tenía diez años menos que yo. Lucía había cumplido doce años; Sebastián, ocho. Le hicieron la guerra a Marisa.

LIMA ENTRE HUMOS

En Perú, las cosas se estaban tornando negras.

Alan García había sido elegido el 12 de febrero de 1984, como candidato del APRA, un partido político de centro izquierda. Durante sus primeros años, García se hizo famoso por sus balconazos y sus dotes de oratoria, que lo llevaron a ser aplaudido por las grandes masas. ¡Tuvo éxito incluso en el ámbito económico! Sólo en un principio, claro... Porque las medidas adoptadas comenzaron a demostrar sus efectos nocivos a partir de 1986.

Con la intención de controlar la inflación, García tomó la decisión de estatizar la banca privada. ¡Como si hubiera querido asegurarse de que todo se fuera al bombo! Perú llegó a sufrir una

superinflación de 1.722,3% en 1988 y 2.775% en 1989.

Yo hasta el año 85 me sentía en la gloria. Con Miguel Heredia, las mudanzas internacionales y la agencia de aduana, iba todo viento en popa: habíamos logrado vencer a Sandoval y mirábamos el futuro con proyección.

Pero la economía decayó a límites impensados y la incertidumbre comenzó a invadir todo. Una factura cobrada en la mañana valía un décimo esa misma tarde. Y en mi bolsillo, lo que me alcanzaba para pagar el sueldo de un embalador al día siguiente no valía ni un kilo de arroz.

¿Cómo planificar en ese escenario? ¿Cómo hacer presupuestos?

Lo más dramático de todo, es que no solo en los negocios había problemas: desde el punto de vista familiar el escenario era aún más negro. Bombas

en la calle, en un banco, en un restaurante...
¡Bombas en la Iglesia! No se podía estar tranquilo en ningún lado; salir a la calle en esos tiempos era una verdadera lotería.

Decían los medios que eran los integrantes de Sendero Luminoso quienes estaban causando estragos.

El movimiento guerrillero Sendero Luminoso había nacido en los años setenta con la intención de imponer por la fuerza un régimen comunista. En la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, un profesor de filosofía llamado “Comandante Gonzalo” por sus acólitos, había dado inicio al movimiento.

Ya en los años 80 y gracias a su control sobre el narcotráfico, este tenía una influencia enorme. Sus seguidores se apoderaron de enormes zonas rurales e impusieron su ley con violencia, la cual el

presidente Alan García trató de apaciguar con actos de represión militar: matanzas de terroristas en prisión y masacres de campesinos, que en vez de ser efectivas hicieron de Perú un escenario invivible. Mientras la economía y la seguridad del país se caían a pedazos, Sendero Luminoso ganaba más terreno y partidarios que no veían otra alternativa.

La capacidad operativa de las autoridades policiales y penales no estaba dando resultados y nosotros nos sentíamos absolutamente desprotegidos frente a este escenario. Los secuestros estaban fuera de control y el país se estaba transformando en una pesadilla.

Comenzamos, con mi ex-mujer Raquel, a conversar la posibilidad de que con los niños se mudaran a Uruguay nuevamente. A mí se me partía el alma de sólo pensar en la posibilidad de dejar de

verlos todos los fines de semana, pero la situación se estaba escapando de mi control.

En la empresa, las cosas se estaban tornando imposibles. Como una forma de escapar de la situación que estábamos viviendo, las familias empezaron a emigrar a otros países. Si bien eso nos dio muchísimo trabajo por un tiempo, llegó un momento en que no había a quién mudar. Esto, sumado a la inestabilidad económica del país, hacía todo cada vez más difícil.

Tenía que tomar una decisión rápida si quería evitar la bancarrota y la desaparición de mis hijos. Con una pistola en el pecho, me obligarían pocos meses después a jugar a la ruleta rusa.

CASI COMPLETO

Mientras los conflictos políticos en Lima iban en aumento, la guerra que habían declarado los niños a Marisa se iba apaciguando poco a poco. Ella los acogió con muchísimo cariño; ellos empezaron a sentirse cómodos a su lado. Marisa era una de esas personas que está haciendo siempre todo lo que está a su alcance para que el resto se sienta feliz. Siempre lista para dar una palabra de optimismo, siempre lista para escuchar. Cuando uno de los chicos hablaba, ella se sentaba a su lado y lo oía por horas, con sus ojos enormes, mirando atentamente y como si no existiera nada más en el mundo. Tengo la impresión, sin embargo, de que lo que realmente conquistó a Lucía y Sebastián fue la actitud desinteresada que ella tenía. Nunca esperó algo a cambio. No pretendía, tampoco, reemplazar

a la madre de los niños y tenía muy claro hasta dónde llegar. Los niños comenzaron a conocerla mejor y un lazo fuerte fue surgiendo entre ellos.

Llevábamos más de un año saliendo y habíamos alquilado un departamento para nosotros. La idea de comprar algo definitivo rondaba entre las cabezas de ambos.

-Estamos tirando la plata -me decía ella cada vez que nos tocaba pagar el arriendo.

En 1987, un día martes, salí cansado de una reunión en Ginebra. Al llegar al hotel, tenía una llamada de Marisa:

-¡Encontré el departamento ideal! -me decía desde el otro lado del teléfono-. Es un dúplex, nuevo. ¡Y está en San Isidro! A una cuadra de aquí.

Debido a mi trabajo, había conocido en Lima todo tipo de casas y departamentos, pero nunca

antes había visto algo tan elegante y tan amplio como ese dúplex. Primer piso, muy iluminado, con ventanales que abarcaban la mayor parte de la pared y un estilo arquitectónico que combinaba lo señorial y lo moderno. Nos mudamos en febrero de 1988 y Marisa armó una isla de ficus en el living para aprovechar el infinito espacio.

Repasando mi vida en esos momentos, podía ver tres logros importantes colgando cual diplomas en la pared de mi mente; el primero, de 1974: una tarde de julio, había dado inicio a mi independencia como empresario. Nueve años después, en una playa, me enamoré de Marisa, que me hacía sentir inmensamente querido. Ahora, con ella y gracias a los logros de mi empresa propia, estaba adquiriendo mi primera propiedad: nada menos que un dúplex en San Isidro.

¿Pueden mezclarse lo material y lo emocional en el mismo canasto? Quizás sí, quizás no; no tengo una teoría al respecto. Sólo sé que, de alguna forma, esos tres elementos me hacían sentir casi completo en ese momento.

Con la compra de nuestra “casita propia”, comenzamos con Marisa una etapa muy linda de nuestra vida. Ella trabajaba como secretaria del gerente de Nestlé; yo hacía lo posible para sacar adelante World Shipping & Storage. Durante la semana, no teníamos mucho tiempo, pero llegar al departamento en la noche era como llegar al nido. Ella en su país, yo con ella...

Los fines de semana pasábamos mucho tiempo con Lucía y Sebastián. A ellos les fascinaba ir a la Granja Azul, un restaurante donde comíamos pollo a las brasas y pan fresco en una panera con forma de gallinita.

Suena irónico, pero desde que me separé de Raquel empecé a vivir con Lucía y Sebastián algo que antes no me había dado tiempo de vivir. Tenerlos un fin de semana entero para mí era muy grato y me hizo sentir -recién en ese momento- la ausencia de ellos en mi vida anterior.

Sebastián tenía cinco años cuando me fui de la casa. ¡Era tan frágil! Chiquito y tremendamente cariñoso conmigo, se expresaba sólo a través de sus abrazos y su mirada tímida.

En Lucía, en cambio, había algo que la hacía pertenecer al mundo de los adultos. Era una niña, claro, con melena y flequillo, vestidos de niña, juegos de niña, como todas las chicas. Pero tenía una mirada insistente tras sus ojos siempre entrecerrados y una mandíbula prominente que anunciaba coraje. Nunca se quedaba callada cuando tenía algo dando vueltas en la cabeza;

desde niña fue tremendamente honesta. Era efusiva en demostrar cariño, en exigirme, en hacerme entender que quería pasar tiempo conmigo. Su actitud, de alguna forma, me hacía verla más fuerte.

De todas maneras, haber dejado a Lucía y Sebastián me dolía muchísimo. Por eso, disfrutar con ellos los fines de semana era una especie de alivio y me ayudaba a escaparme de la culposa niebla.

Cada vez que podíamos, íbamos con ellos y Marisa al club de montaña “La Planicie”. En Lima, el cielo está totalmente nublado entre abril y diciembre. Ciudad gris, le dicen algunos. Si manejas veinte minutos cuesta arriba hasta el club de montaña “La Planicie”, las nubes quedan por debajo y puedes disfrutar del sol.

ALEGRÍAS Y CAMBIOS

-¡Estoy embarazada!- me dijo Marisa con sus ojos aún más grandes que de costumbre.

A mí me invadió una alegría enorme, pero al mismo tiempo sentí miedo. ¡Miedo! Había sido papá antes, claro, pero esta vez lo sentía distinto. ¡Tenía casi cuarenta años! ¿No estaría ya demasiado viejo? Y los chicos... Lucía tenía ya 16 años, Sebastián 13. ¿Cómo reaccionarían ante un nuevo hermano?

Por suerte, la naturaleza es sabia y esos nueve meses de espera nos ayudaron a calmar temores y a llenarnos de ilusiones. Escogimos un cuarto y lo empapelamos con ovejitas; Marisa se encargó de construir la habitación perfecta.

Desde el sexto mes de embarazo, se vio obligada a permanecer en reposo, la pobre no podía pararse

ni para ir al baño. ¡Pero valió la pena! Porque nuestro hijo nació y nació sanito.

Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que vi a Patricio. ¡Parecía uno de los Simpson! Pero morado. Los fórceps habían dejado su cabeza alargada y sus orejas se asomaban hacia adelante.

Con el tiempo se volvió un chico precioso, manteniendo por supuesto las orejas, que lo caracterizan hasta el día de hoy. Muy simpático, sociable y -sobre todo- muy bueno. Siempre supe que Pato nunca iba a darnos problemas: era sumamente esforzado y nunca tuvimos la necesidad de obligarlo a estudiar o a mantener una disciplina. A medida que fue creciendo pudimos apreciar la claridad con que se enfrenta a todo: sabe muy bien lo que quiere y está consciente de que en la vida hay que esforzarse para lograr un objetivo.

Actualmente, Pato es tan bueno que pasa por cándido. No hay nadie que no confíe en Patricio Laporta y no puedo dejar de sentirme orgulloso por eso.

Cuando estaba recién nacido, nos encantaba pasear con él en coche por los parques. Lamentablemente los paseos no duraron mucho, porque las cosas en Perú se pusieron aún más negras de lo que estaban: los secuestros se volvieron pan de cada día y con Marisa empezamos a tener miedo de salir con Patricio a la calle.

Más aún me preocupaban Sebastián y Lucía, que a sus 13 y 16 años no podíamos mantener encerrados. Después de mucho sopesar pros y contras con Raquel -madre de los chicos-, tomamos la decisión de que ella y los niños emigraran a Uruguay. Para mí fue muy duro. Hablar con ellos, explicarles las razones por las cuales habíamos

tomado la decisión. Tenía miedo de que se debilitara el lazo que había ido formando con los chicos a lo largo de los años; después de todo, estaba predestinado a convertirme en un padre por teléfono. Por razones lógicas, me era imposible visitarlos en Montevideo todos los fines de semana, pero gozaba con ellos cada vez que se me presentaba la oportunidad de que ellos o yo viajáramos. Gozaba mientras los tenía conmigo, claro, porque las despedidas en el aeropuerto eran desgarradoras. Lucía y Sebas me abrazaban con fuerza, como demostrándome de alguna forma que no querían soltarme. Volveríamos a vernos, claro, pero... ¿cuándo? Nunca teníamos certeza sobre el próximo encuentro, lo que obviamente hacía todo muchísimo más difícil.

De todas formas, tengo lindos recuerdos de esa época con los chicos. A medida que fueron

creciendo, nuestros encuentros fueron también evolucionando.

Recuerdo, por ejemplo, a Lucía de diecisiete años, sentada contra la pared en un boliche de Montevideo. Me contaba sobre sus sueños, sus proyectos, su vocación. Tenía dudas con respecto a qué carrera universitaria seguir y, ese día en el boliche, conversamos como dos adultos. Lucía ha sido siempre para mí la representación de la fuerza, del movimiento imparable. Siempre inquieta, siempre pensando en su próximo proyecto. Hasta el día de hoy no es capaz de quedarse sentada. Ese día, con tanta idea en la cabeza, estaba indecisa. Optó finalmente por estudiar Diseño Industrial. En la actualidad está dedicada a educar a sus hijos Manuel y Tiago. Y aunque debo reconocer que en algún momento me costó aceptar que no se desarrollara

profesionalmente, respeto muchísimo su decisión de dedicarse a ser madre. Está claro, por lo demás, que como educadora lo ha hecho espectacular: sus hijos no podrían ser más encantadores.

Fue en otro de nuestros encuentros cuando, años más tarde, me contó de la existencia de Santiago: el tipo que había osado enamorar a mi hija. ¡Y vivía en Sidney! Lucía estaba a punto de tomar la decisión de mudarse a vivir con él y yo no podía soportar la idea de no conocerlo.

Hice coincidir un viaje de negocios a Australia y me reuní con él en un restaurante.

-Hay algo, Santiago, que debes tener muy claro -le dije mirándolo a los ojos-. Si alguna vez te cagas a mi hija, voy a buscarte donde estés. Y ten por seguro que te reviento la cabeza.

Hasta el día de hoy nos reímos de mi amenaza, por suerte no he tenido la necesidad de reventarle nada. Para mi alivio, Santiago es un gran tipo.

Con mi hijo Sebastián, también tuvimos nuestra primera conversación de hombre a hombre gracias a uno de esos viajes.

Él estaba estudiando en la Universidad para transformarse en Ingeniero Comercial y me manifestó su deseo de trabajar en Ward. Se veía muy preocupado por su futuro y me emocionó el entusiasmo con el que me lo contaba.

Acordamos que una vez terminada su carrera se vendría trabajar conmigo a Chile y para los dos esa conversación fue como un pacto sagrado. Para mí la alegría era doble: no sólo Ward se beneficiaría con este nuevo integrante, sino que además yo -como padre-, tendría al fin a mi hijo cerca.

TODOS LOS HUEVOS EN UN MISMO CANASTO

En el año 1989 había cumplido quince años de sociedad con Heredia. Su bigote tenía ahora algunas canas y su contextura se había vuelto quizás algo más gruesa, pero Miguel seguía siendo el mismo de siempre. Responsable y trabajador como nadie, precavido y un poco tímido en público.

Formábamos un dúo espectacular. Él, operativo; yo, comercial. De niño, yo había aprendido a no confiar en nadie, pero con Miguel Heredia las cosas eran diferentes. El tipo era realmente intachable y no me cansaba de decirle a todo el mundo lo fiel que era mi socio.

A esas alturas, nuestra sociedad tenía ya dos empresas: World Shipping & Storage y Aduandina.

World Shipping & Storage pertenecía al rubro de mudanzas y carga aérea. Tuvo una bonita evolución y nos dio bastantes frutos desde que la fundamos, pero en el año 89 era casi imposible manejar una empresa en Lima con demasiado éxito. Además, estaba Aduandina, que funcionaba como una Agencia de Aduana. Exportábamos frutas, verduras y otros alimentos perecibles.

Yo sabía que tenía que gestar un cambio importante si no quería irme al bombo junto con la situación política de Perú. Y Marisa, a pesar de que le costaba pensar en la idea de dejar su país natal, estaba totalmente de acuerdo conmigo. No por la economía, sino porque nuestros miedos y fantasías en torno a la seguridad de nuestro hijo Patricio se habían tornado reales. Fue Marisa la que, un jueves en la tarde, recibió la amenazante llamada telefónica. Aseguraban que, a menos que

consiguiéramos en dos días una suma de dinero ridícula, secuestrarían a nuestro hijo.

¡No podíamos seguir exponiéndonos de esa forma! Teníamos que emigrar, pero... ¿dónde?

Mi corazón me empujaba hacia a Montevideo; ahí estaban Lucía, Sebastián y mi madre. Pero sabía que allá era imposible que un proyecto como el mío surgiera. Crear una empresa de mudanzas internacionales en un país de tres millones de habitantes no tenía ni pies ni cabeza.

Chile, en cambio, tenía una población de 13 millones de habitantes en el año 1989. Había salido de la fuerte crisis económica que sufrió durante el año 82 y todos los indicadores auguraban que las cosas irían cada vez mejor en el ámbito económico.

Después de mucho reflexionar y con el apoyo de Miguel Heredia, decidí emprender en Chile.

Miguel permanecería en Lima velando por nuestras empresas ya armadas; yo buscaría al sur del mundo nuevos horizontes.

En vez de comenzar desde cero, decidimos comprar el 50% de Ward Van Lines, por lo que Carlos Ward, el antiguo dueño de la Compañía, pasó a ser nuestro socio. Me parecía un buen tipo, por lo que sentí que de ahí en adelante iría todo viento en popa.

Lamentablemente estaba equivocado. No desarrollamos una buena relación con Carlos; parecíamos competidores más que socios y se me empezó a hacer muy difícil llevar la empresa. Los funcionarios de la Compañía tenían costumbres que a mi parecer estaban en contra del buen servicio y la productividad, por lo que comencé a exigir cambios. Ward no reaccionó bien frente a eso y me pasó lo que nunca debería pasarle a un

empresario: el propio socio generando un equipo de rebeldía.

Luego de dos años conversé con Miguel y le planteé mi idea: sólo comprando la segunda mitad de Ward seríamos capaces de sacar la empresa adelante.

Diez meses antes, habíamos vendido World Shipping & Storage a Osvaldo Sandoval, nuestro antiguo jefe; la situación en Lima nos hizo pensar que lo mejor que podíamos hacer era deshacernos de la empresa, y el mejor comprador sería -por supuesto- nuestro histórico peor enemigo. Nadie mejor que él podía satisfacer su ego comprando la empresa de su antiguo rival. Cerramos el círculo de esa forma y, habiendo vendido recién una empresa, no me parecía una locura realizar una nueva compra en ese momento.

Miguel decidió apoyarme y juntos adquirimos la totalidad de Ward Van Lines. Después de varias conversaciones con Carlos Ward y Miguel, fijamos el precio: ¡Nada menos que tres veces el valor por el que habíamos comprado la primera mitad! El alza nos parecía una locura, pero de todas formas seguimos adelante con el trato. Decidimos, además, comprar la bodega que Ward había construido.

Dos meses más tarde, tuve con Miguel Heredia la conversación que hasta el día de hoy me aprieta el estómago.

LOS FRENTE EN CHILE

Ya instalados en Chile, comenzaron los frentes. El primero tenía que ver con Marisa, que no se sentía acogida en el país.

-Hey, flaca, en los supermercados de Chile no tenemos tiempo para esperar que los clientes le cuenten su vida a las cajeras, ¿podrías apurarte? Si lo que quieres es conversa, ¡vuelve a tu país!

Y en la casa, para rebalsar el vaso, estaba su mamá. Habíamos decidido traerla a vivir con nosotros y su comportamiento se estaba volviendo cada vez más opresivo. Quería entrometerse en todo, saber qué compraba Marisa, qué conversábamos en privado, qué comíamos, adónde salíamos. Criticaba la forma en que se vestían los niños, la comida que las nanas sacaban del refrigerador, las decisiones que tomábamos como

pareja... Pensar en sentarme a almorzar con ella me producía un nudo en la garganta, porque siempre tenía algo por lo que reclamarnos. A veces, en nuestra desesperación, salíamos a comer afuera y la dejábamos en casa. El escándalo a la vuelta era inevitable.

Para empeorar las cosas, yo estaba pasando por una de las épocas más difíciles en cuanto a lo laboral, por lo que tampoco ayudaba demasiado.

Dos meses después de haber comprado la totalidad de Ward Van Lines y la bodega, con Miguel Heredia tuvimos la conversación que terminó por enterrarme en el lodo.

-Simplemente no puedo seguir adelante con Chile, Jorge. Voy a renunciar a nuestra sociedad.

Sus palabras me cayeron como patada en el estómago.

-¿Qué estás diciendo, Heredia? Me has puesto el fusil en el pecho. ¿No te das cuenta la deuda a la que estamos enfrentados?

Y de un minuto a otro, estaba solo y la deuda era aún más grande. No sólo tenía que pagar la segunda mitad de Ward y la bodega, sino que -además- debía comprar a Miguel su parte de la empresa. Si no la compraba yo, podía comprarla cualquiera y después de mi experiencia reciente con Carlos Ward no podía arriesgarme a eso.

¿Cómo salgo del lodo ahora?

La pesadilla aún no terminaba. Realizando la separación de bienes, me llevé una de las peores desilusiones de mi vida.

Nuestra Agencia de Aduanas funcionaba en una casa muy bonita y lujosa. Como estaba arrendada,

no figuraba entre los bienes que teníamos que repartir entre yo y Miguel.

-¿No lo sabía, don Jorge? -me dijo un día mi secretaria-. La casa de la Agencia de Aduanas fue comprada hace un año ya. Tenga cuidado porque lo van a fregar.

A mí se me cayó la cara en ese mismo instante; nunca pensé que Miguel Heredia sería capaz de esconderme una cosa así. Desde ese día no le hablo, opté con cerrar el tema lo más rápidamente posible. Después de firmar un cheque por el valor que me pedía, me prometí nunca más tener un socio.

Y así, mientras yo trataba de salir del lodo, Marisa trataba de adaptarse a la sociedad chilena.

No le gustaba asistir a mis reuniones de trabajo en el extranjero. Aunque hacía un esfuerzo (Marisa

siempre hacía un esfuerzo), le costaba relacionarse con grupos grandes y más aún hablar inglés.

En ese contexto, la misa diaria en la iglesia Santa Teresita y el gimnasio eran sus principales refugios.

En 1991 nació Moira, trayendo consigo una gran alegría. Era una delicia. Con sus ojos grandes y verdes heredados de Marisa y su piel pecosa como la mía, repartía besos y abrazos que nos alegraban el día. Caprichosita y capaz de conseguir la luna con una de sus miraditas. Desde muy pequeña le fascinaron los zapatos, las telas... Andaba de allá para acá con Marisa y la imitaba en todo.

Parecía que las cosas iban a comenzar a mejorar en casa, pero era yo esta vez el que estaba tocando fondo. Hace rato que los distintos “frentes” me estaban afectando más de la cuenta. Sentía que la

decepción que me había provocado Miguel era la gota que había rebalsado mi vaso.

Me costaba dormir y estaba sumamente irritable. En las mañanas no quería levantarme de la cama. ¿Para qué? Mi vida en esos momentos era lo más cercano que había conocido al infierno.

Lamentablemente, faltaba todavía una gota para que el vaso terminara de colmarse.

-Danny, me conoces bien, sabes que soy un hombre de palabra... -le dije a mi hermano por teléfono.

-¿Qué palabra, Georgie? ¿Cómo es eso de que te llevas a Mario Martínez a Chile? Sabes bien la situación en que estamos aquí en Lima, hermano, ¡tienes que darme a mí ese puesto! No puedo ni andar tranquilo por las calles, Georgie.... Isabel con la panza que revienta, ¡ya está punto de tener al

niño! Creo que le va a dar un ataque de nervios con la próxima bomba... ¡Soy tu hermano, Georgie! Tienes que sacarnos de aquí, te lo pido por favor.

Había contratado a un gerente comercial de Lima y estaba todo casi listo para su partida. Pero la sangre tira, dicen. Y Daniel siempre ha sido mi debilidad. Sus palabras me convencieron y, aunque se me caía la cara de vergüenza, deshice el contrato que estaba ya casi cerrado para poder traer a mi hermano.

Cuando años atrás, en 1980, Danny se había ido a trabajar conmigo a Lima, el negocio estaba ya montado. Ahora, en Chile, la Compañía recién partía, por lo que el desafío era muchísimo más grande. Decapack era nuestra competencia y yo estaba obsesionado con vencer. Reconozco que soy un jefe duro. No me importa si es mi hijo o mi hermano el que está trabajando; en mi mente hay

un solo objetivo y estoy dispuesto a lo que sea por alcanzarlo.

A los ocho meses, Danny entró a mi oficina más nervioso que de costumbre.

-Me voy de la Compañía en noviembre.

-¿Qué te vas de la Compañía? Me estás jodiendo, ¡tienes que estar jodiéndome!

Daniel comenzó a encogerse en su silla y yo parecía crecer de la rabia.

-¿Qué te vas de la Compañía? ¿Después del escándalo? ¿Después de la vergüenza que me hiciste pasar con Jorge Martínez? Dime por favor que estás jodiendo.

Asumí que no estaba dispuesto a soportarme como jefe. Al poco tiempo, me enteré de que Miguel Heredia lo había convencido de formar una compañía con él en Perú. Hasta el día de hoy no puedo comprenderlo.

Sentí que la situación se me estaba yendo de las manos y decidí ir al psiquiatra. Probablemente esperé demasiado, porque en esos momentos ya era un ente y Marisa se estaba bancando sola la crianza de los niños. Mi prioridad número uno era mi trabajo: el negocio había estado a punto de desmoronarse y necesitaba sacarlo adelante. Y como si eso no hubiese sido suficiente para Marisa, el estrés hizo que me volviera agresivo. No físicamente, aunque sí a través de las palabras.

A pesar de ello, mi Cholita fue un ángel y se preocupó de hasta el más mínimo detalle para que los chicos estuvieran bien. Para ella, no había nada más importante que proteger el nido y con su tenacidad de siempre supo sacar la cara por ambos en el momento en el que yo más la necesitaba.

Pero todo tiene un límite. Marisa empezó a cansarse y hubo un momento en que no daba más con la situación.

Comencé a ver a una psicóloga uruguaya con la esperanza de salir del hoyo y recomponerme como papá y marido: la terapia duró 5 años.

LA ÚLTIMA VISITA DE MI PADRE

La vida es irónica: mi padre siempre odió a los chilenos.

Junto a Pola, la que había sido su amante mientras estaba casado con mi madre, vivió durante muchos años en General Roca, en la provincia de Río Negro ubicada al sur de Argentina. Es una zona frutera y los temporeros que allí trabajaban son muy pobres, en su mayoría provenientes de Chile. En forma despectiva, él -como todos en la zona- les llamaba “chilotes”, sin imaginar que -años más tarde-, Chile decidiría tomar su venganza.

No sabría explicar por qué, pero -a diferencia de mi hermano Eddie-, nunca corté relaciones con mi padre. Lo visité varias veces en Río Negro y, en el año 90, invité a él y Pola a pasar unos días en mi

casa en Santiago. Aunque compré boletos en avión para ambos, papá insistió en que prefería ver el paisaje y decidió venirse por tierra. Estaba pálido cuando lo recibí en la estación de buses.

-Nunca más hago este viaje -dijo, medio en serio medio en broma, reclamando por el frío del bus.

Al verlo tomado de la mano de Pola sentí que formaban una pareja feliz. Ella, más gordita; él, pelado y con sus bigotes de siempre. Habían envejecido juntos y parecían adaptados el uno al otro. Para ella, la vida consistía en comer y mimar a mi padre; su mayor pasión era cocinarle y disfrutar junto a él de un buen plato. Él, por su parte, se dejaba querer... Acostumbrado a vivir con Pola, hablaba sobre las últimas telenovelas y las revistas de chismes. La última vez que había ido visitarlos a Río Negro, me sorprendí de verlo en

bata todo el día y viendo televisión durante la cena como si nada.

De pequeño, tenía la imagen de un hombre culto, informado y siempre de punta en blanco.

Con Marisa, habíamos reservado una mesa para llevarlos a comer a Le Due Torri. Pedimos mariscos y ellos estaban fascinados con la comida; conversamos la mayoría del tiempo de eso. Fue a la vuelta, en casa, cuando el destino decidió hacer de las suyas.

-Georgie, ¡tú papá está mal! -gritó Pola mientras bajaba corriendo desde el segundo piso-.
¡Por favor, llama a un médico!

Llamamos a la ambulancia de inmediato y los paramédicos no tardaron en llegar a buscarlo.

Él, recostado en la camilla, conservaba su sentido del humor intacto; parecía como si estuviera yendo a ponerse la vacuna anual.

-Ya están llevando al fiambre -dijo con una sonrisa a medias.

Los paramédicos le seguían la broma, pero las risas no duraron demasiado en el ambiente. Poco después de llegar a la clínica nos informaron que había sufrido una embolia cerebral y que estaba en estado de coma.

Los días pasaban como si nada y no había ninguna señal de recuperación en mi padre. Le recomendé a Pola que viajara a Argentina y se preparara para instalarse en Chile un buen tiempo.

Así lo hizo, mientras nosotros seguíamos en la espera. Pasaron treinta días. Los médicos aseguraban que su estado era transitorio, pero yo estaba cada vez más escéptico. Le pedí a un cardiólogo de confianza que lo examinara y su respuesta fue drástica:

-Está muerto, Jorge. Su cerebro dejó de funcionar y no hay ninguna posibilidad de que se recupere.

No sé qué pretendían en la clínica. ¿Es que no pensaban decírmelo nunca? Probablemente, estaban esperando que hubiese pasado el tiempo suficiente como para cobrarme una suma de dinero que les pareciera suficiente, por esa estadía estéril de mi padre en una de sus inútiles habitaciones.

Conversé con mis hermanos y estuvieron de acuerdo en que no podíamos mantenerlo conectado a una máquina en ese estado. Una tarde de julio, decidimos desconectarlo, y mi padre se fue de este mundo.

Es curioso. Después de todo lo que había despotricado contra Chile, su cuerpo eligió estas

tierras para dejar de funcionar. Sus cenizas flotan todavía en el mar de Maitencillo.

Más curioso y más irónico es el hecho de que el destino haya hecho posible que acompañara a mi padre en sus últimos días de vida, pero que me haya quitado la posibilidad de viajar siquiera al entierro de mi querida madre. Cuando ella murió, me encontraba en Singapur y no pude conseguir vuelos a Uruguay hasta varios días después.

Me apenó mucho no estar con ella los días previos a su final, porque a pesar de que manteníamos contacto telefónico permanente, poder abrazarla cuando la visitaba nos producía a mí y a ella una alegría enorme. Ahora está en la tumba y no puedo ya tocarla, pero de todos modos sigo visitándola. Recordar su nombre será para mí siempre un motivo de alegría y gratitud.

WARD

Ya en el año 1994, Ward se había transformado en una empresa del siglo XXI: éramos la empresa más tecnificada del continente y la calidad del servicio no tenía nada que envidiar a las más destacadas del rubro en el mundo. Para llegar a eso, naturalmente, fue necesario implementar un serio proyecto de crecimiento: las cosas eran totalmente diferentes cuando adquirí la empresa.

Corría el año 1989 cuando llegué a Chile. En esos tiempos, podías ver cómo en un restaurante, a tu vecino le traían el plato de cazuela frío y nada sucedía. El tipo, resignado, se comía la cazuela y achacaba el problema a la “mala suerte”. No existía el concepto de servicio.

En el año 1991, no sin pasar por un par de aprietos y desilusiones laborales, compré

finalmente el 100% de Ward Van Lines. En la compañía -siguiendo la línea de la época- no existía el concepto de servicio. Tres camiones viejos y de mal aspecto trasladaban las pertenencias de los clientes envueltas en diario, para llevarlos a una bodega con suelo de tierra. En invierno, como habrán de suponer, los preciados objetos yacían en el barro.

De a poco, fuimos introduciendo una a una las medidas que hoy hacen a Ward la empresa de mayor prestigio en Chile en su rubro. Creo que ya lo he mencionado antes: cuando se trata de entregar un servicio, me vuelvo obsesivo.

Y en mudanzas internacionales -así como en la mayoría de los negocios-, el primer contacto con el cliente es esencial.

Durante los primeros años era yo quien hacía esa función. Luego de dejar a los embaladores en una

casa, pedía el baño para arreglarme bien la corbata, lavarme las manos y partir impecable donde mi futuro cliente.

Actualmente, no podría hacer todo yo solo. Quien deja a los embaladores en la casa pertenece al departamento de operaciones y los encargados de ofrecer el servicio son los vendedores. Cada uno de esos vendedores fue elegido con pinza, claro, porque es él y no otro el que se sienta en el sofá de cuero del living y toma un café junto a la dueña de casa antes de cerrar el negocio. Es él, también, el que recorre las habitaciones tomando nota de cada uno de los detalles necesarios para elaborar el presupuesto.

-¿Jarrones chinos? Me imagino lo preciadas que son para su familia. Despreocúpese, nosotros nos ocupamos de todo. Tenemos un sistema de embalaje muy sofisticado para este tipo de

artículos; habrá que mandar a hacer una java a la medida.

En ese momento, la antes acongojada dueña de casa dejaba salir una sonrisa.

-¡Debes ser agresivo! -les decía yo con los ojos bien abiertos, cuando llegaban de vuelta a la oficina-. Siempre habrá vendedores de otras empresas dando vueltas, ¡no pierdas oportunidades para ganar!

Cada vendedor debía entregarme un informe diario con sus logros y fracasos. Si algún cliente nos rechazaba, era imprescindible conocer la razón. Los vendedores debían ser capaces de averiguarla sin por ello ser entrometidos.

Si por el contrario, aquéllos se ganaban al cliente, el departamento de operaciones se preparaba para realizar el siguiente paso. De ahora en adelante, el

equipo de embaladores pasaría a ser el protagonista.

Son ellos -los embaladores- quienes ordenan la ropa interior de la dueña de casa y meten en una caja la muñeca favorita de la niña. Son ellos, en definitiva, quienes irrumpen en la intimidad de la familia, y por eso su rol es clave: todas las medidas en relación a su trabajo están dirigidas a no molestar al cliente.

De madrugada se les ve ya por la compañía: entre 6:30 y 7:00 horas hay desayuno gratuito para los más tempraneros. Desde que se acaba el último trago de café hasta las 7:30 en punto, tienen tiempo para arreglarse y lucir impecables: su uniforme, que traen lavado de la casa, es blanco de pies a cabeza. Para las manos de los que embalan ropa interior, cuadros y otros objetos delicados,

habrá además guantes, que son -por supuesto- igualmente blancos.

El gerente de operaciones se para en la puerta vigilando que la carga de materiales de embalaje sea rápida y que la presentación personal de los embaladores sea perfecta. En los primeros años, naturalmente, el gerente de operaciones era yo.

-¡García! ¡Muéstrame esas uñas! -decía mientras miraba por lado y lado las manos del hombre.

-Impecable como siempre, González, ¿qué dice la familia? ¿Cómo va el embarazo de tu mujer?

-¡López! ¿Qué mierda le pasa a tus bototos hoy día? ¿Es que no viste el betún y cepillo en el camarín? Tarjeta amarilla con esto, ¡no busques la roja!

Bototos relucientes, uniforme inmaculado, uñas impecables: esa es la consigna. Y, por supuesto, nada de aritos ni barba.

-¿Y qué tiene de malo la barba? -osó preguntarme una vez un empleado.

Es que simplemente no la soporto. ¿Qué razón podría tener una persona para llenarse el rostro de pelos? ¿Es acaso su cara demasiado fea y tiene que esconderla? No, en Ward no se permite la barba. Si mandara a un funcionario barbudo a Estados Unidos lo confundirían con un yihadista.

Por eso, imberbes y limpiecitos, se suben los embaladores al camión, que -para no desentonar- también es blanco. Al llegar a la casa del cliente, la regla número uno es “no causar daños”. Antes de comenzar, se despliegan rollos de plástico sobre el piso y los embaladores, dirigidos ahora por el jefe de cuadrilla, se ponen pantinas sobre los bototos para no ensuciar. Para los marcos de puertas y ángulos de las paredes, hay protectores especiales.

Dije que era obsesivo por el servicio, ¿no? Bueno, eso no es todo. Soy tremendamente obsesivo, también, en cuanto a la seguridad. ¿Cómo prestar un buen servicio si no hay un control de la seguridad? En el negocio de las mudanzas, no sólo se rompen objetos, a veces “desaparecen”. Durante algunos años, cual detective privado, seguía a los camiones sin que me vieran para saber en qué minuto desaparecían las pertenencias de los clientes.

Hoy, para mi tranquilidad, tenemos dispositivos de alta tecnología -como los GPS- en todos nuestros vehículos. Utilizamos además el precinto: un sello de seguridad numerado que se adhiere sobre el mecanismo de cierre del *container* para asegurarse de que no se abra sin autorización. Cuando las pertenencias están ya cargadas, el jefe de cuadrilla junto con el cliente cierran el precinto.

-No olvide su número de precinto, señora Magdalena, será su garantía de que el *container* no haya sido abierto por nadie. Cuando reciba sus pertenencias nuevamente en Londres, uno de nuestros trabajadores lo abrirá frente a sus ojos.

Cliente y jefe de cuadrilla firman un documento en que aparece el número del precinto, de la misma forma en que lo harán después cada una de las personas responsables durante el trayecto de las pertenencias hasta Londres.

RECONSTRUYENDO EL NIDO

¡Es increíble como la vida siempre me da una mano! Para Marisa la llegada a Chile había sido sumamente difícil. Sin embargo, cuando nuestro hijo Patricio empezó a ir al colegio Nido de Águilas, a ella se le abrió un mundo totalmente nuevo. Se destacó muchísimo participando en todo tipo de actividades: Fundación Las Rosas para ayudar a los viejitos, Damas Peruanas, Damas Argentinas, Damas Americanas. Ligas de *tennis*, acción social, reuniones de toda clase. Al fin, comenzó a llenar su día en Chile y empecé a notar que llegaba a casa con una cara distinta.

He dicho ya que Marisa era encantadora, ¿no?

No fueron sino su encanto y su buena voluntad los que le permitieron -como buenos compañeros- integrarse a todo tipo de comunidades. Llegó,

incluso, a ser la única externa aceptada entre la asociación de Damas Diplomáticas. Sin ser parte del rubro ni estar casada con alguno de ellos, andaba con el grupo para todos lados.

Con tanto contacto, se preocupaba de mantenerme siempre al tanto de las mudanzas:

-En marzo los Cardenal se vuelven a Nicaragua -me decía levantado las cejas-. Y en abril, los Castro regresan a Chile.

Marisa sabía lo importante que era para mí esa información y le encantaba poder ayudarme. Poco a poco, empezamos a ser aliados. Gracias a ella, Ward Van Lines comenzó a participar en la Kermesse del Nido de Águilas, una feria de gastronomía internacional y juegos en que algunas empresas podían ser auspiciadoras y darse a conocer a la comunidad. Marisa cocinaba lomo saltado para la zona peruana y se paseaba de stand

en stand saludando a sus amistades. En el puesto de Ward, vendíamos donuts y donábamos todo tipo de premios.

En esa época, comenzó a acompañarme a los viajes de negocios. Superando heroicamente su complejo de andar en avión y hablar inglés, se transformó en mi mejor compañera. Tenía una intuición increíble, le bastaba con una cena en grupo para saber si un tipo era o no confiable.

-Podría apostar que no es honesto -me decía, saliendo del restaurante mientras la ayudaba a acomodarse el abrigo.

A los pocos meses, me daba cuenta de una u otra forma que el caballero no era de fiar.

Estando de viaje, lejos de los niños y la rutina, teníamos tiempo para nosotros, para disfrutarnos, para estar juntos. Fue en uno de esos viajes cuando

Marisa presenció uno de los principales logros de mi carrera profesional.

Íbamos a la cena de gala en París, que celebraba una vez al año la FIDI, Federación Internacional de Empresas de Mudanzas Internacionales. Tiene base en Bélgica y pertenecen a ella sólo las empresas que cumplen con los niveles de calidad exigidos por la directiva.

Faltaban pocos minutos para que nuestro chofer pasara a buscarnos y Marisa estaba terminando de maquillarse frente al espejo. Su vestido rojo y zapatos especialmente escogidos para la ocasión hacían juego con su piel morena; se veía más linda que nunca.

Cuando estábamos ya sentados en la mesa, se acercaron a mí el presidente y vicepresidente de la Federación.

-¿Podemos hablar contigo, Jorge?

-Nos gustaría saber si estarías dispuesto a dedicar ocho años de tu vida a la FIDI -me dijo Tom Ansley-. ¿Te gustaría ser parte del directorio?

En ese momento se me infló el pecho y sentí una gran satisfacción. Parecía que mis años de esfuerzo estaban produciendo sus frutos.

-¡Es un tremendo reconocimiento! -me decía Marisa mientras me abrazaba en el hotel-. Estoy orgullosa de ti.

Luego de seis años en la directiva, asumí la presidencia. Cuando llegó ese momento, tuve una sensación de gigantesca responsabilidad sobre los hombros, pero la posibilidad de aportar a la industria me entusiasmaba muchísimo. Renovación, profesionalismo, tecnología... ¡Mi cabeza estaba llena de ideas nuevas! Al fin había llegado el minuto de llevarlas a cabo a nivel mundial.

LOS COLORES DE MARISA EN DEGRADÉ

En buzo y zapatillas, Marisa se paseaba por la casa con una actitud más desganada que de costumbre. Empecé a notar que se estaba descuidando. Iba menos a la peluquería y había dejado de maquillarse: su nueva actitud llamaba mi atención y la de los chicos.

Y como si las antiguas costumbres se hubieran puesto de acuerdo para retirarse de la vida de Marisa, el gimnasio siguió el mismo camino. Durante la madrugada del 24 de diciembre del 2003, comenzó el incendio en el Sportlife del Puente Nuevo. Nunca tuvimos claridad en cuanto a las causas, pero los medios afirmaron al día siguiente que se había tratado de un acto criminal.

Marisa, naturalmente, buscó otro lugar para hacer deporte, pero nunca logró acostumbrarse.

Dejó el gimnasio y comenzó a engordar, cosa que antes hubiera sido para ella inconcebible.

¿Qué le estaba pasando? Llegó el verano y decidimos tomar vacaciones en familia, quizás como una forma de recuperar la antigua chispa de mi mujer. Pero la chispa permaneció dormida y las cosas siguieron tal como venían andando.

Con el codo apoyado en la ventana del tren rápido, Marisa no dejaba de mirar hacia afuera. Habíamos ido a Europa y estábamos viajando de París a Londres. El tren, que pasaba bajo un largo túnel, no regalaba a los pasajeros un paisaje hace más de una hora. Nunca supe qué era lo que Marisa miraba; por la ventana se veían sólo manchas negras.

Sus grandes ojos estaban apagados y su piel se había vuelto de un color pálido verdoso. Su apariencia y actitud llamaban mi atención, pero no

supe interpretar los signos en ese momento. Ahora, diez años después, sé que eran sólo un adelanto de lo que se me vendría encima.

En ese viaje, estuvo obsesionada con comprar una parca negra y lo único que hizo fue ir todos los días con nuestra hija Moira a buscarla por cada tienda de Londres. Parecía que, para ella, el abrigo era más interesante que el Big Ben y el palacio de Buckingham.

LA DEBACLE

Era viernes; finalizaba la jornada laboral. Como todos los fines de semana, partíamos a Marbella. Me había ido en taxi a la oficina para que -como siempre- Marisa me pasara a buscar con el auto cargado.

Sonó el teléfono e imaginé que estaba por llegar, pero esta llamada fue diferente a las demás:

-¡Me estoy cayendo, no puedo sostenerme con las piernas! -decía la voz de Marisa desde el otro lado de la línea.

Llegué a la casa lo más rápido que pude y partimos a la clínica, donde inmediatamente le hicieron una resonancia magnética. A las 20:00 horas estaba junto a mis hijos Patricio y Moira esperando el resultado.

-¡No hay cura! -me grita desde una distancia de dos metros una enfermera malparida de pelo rojizo-. Es tumor cerebral, señor, no hay esperanza.

Mi hijo Patricio, que estaba a mi lado, comenzó a pegar puñetazos contra la pared de la clínica. ¿Qué podía hacer yo para consolarlo?

Cuando la trasladamos a la casa, empezamos con la quimioterapia de todas formas. Los médicos me habían dicho que no había cura, pero no pensábamos quedarnos de brazos cruzados. Quimioterapia, Imanes, Reiki... Hicimos de todo.

Por primera vez, decidí tomarme un año sabático. Dejar de trabajar habría sido impensable en otra época de mi vida, pero -esta vez- no dudé en el momento de tomar la decisión; no podía estar metido en la empresa mientras me arrancaban a Marisa de las manos.

Me pasaba día y noche a su lado, sin tregua, atendiendo sus necesidades que se hacían cada día más complejas. En un principio caminaba lento, pero caminaba. En poco tiempo tuvimos que conseguir una silla de ruedas.

Su mamá seguía igual de invasiva que siempre y Marisa empezó a perder la paciencia. Un día, mientras almorzábamos, a mi suegra se le ocurrió hacer uno de sus típicos comentarios. Para Marisa, esa queja fue la gota que rebalsó el vaso y ante la sorpresa de todos los que estábamos en la mesa, se paró de la silla de ruedas con una fuerza que probablemente sacó la rabia que había acumulado a lo largo de los años.

-¿Es que nunca vas a cansarte de criticar todo?
No te aguanto ni un segundo más, ¡me has cagado la vida!

Como tratando de desahogar su rabia, tomó el plato en que estaba comiendo y lo tiró contra la ventana.

Pero los días seguían pasando y la enfermedad continuaba implacable su avance. Llegó un momento en que Marisa ya no podía mantenerse erguida en la silla de ruedas, por lo que nos vimos obligados a traspasarla a la cama.

Yo me resistía a tener enfermera, por lo que nosotros nos encargábamos de todo. En las noches, obligaba a Patricio y Moira a que me ayudaran a mudarla. Además de que ya no me podía solo su cuerpo hinchado, no quería que los chicos evadieran lo que estaba sucediendo. Pero en el día, naturalmente, iban al colegio. Y era yo quien no me despegaba ni un minuto de Marisa. Todos los días, todo el día: no quería separarme de ella por ningún segundo.

Pero el cáncer no espera a nadie y las cosas empezaron a estar fuera de mi alcance: durante los últimos meses del año 2004 me vi desbordado. Marisa necesitaba un equipo médico para permanecer en casa, por lo que decidí contratar a un servicio de tres enfermeras que se turnaban para acompañarla día y noche, instalando así una especie de “clínica en casa”. Al medio de nuestra pieza, yacía la cama médica, que sin piedad desplazó a un rincón nuestra cama matrimonial, como burlándose de nuestra historia de pareja. Las enfermeras tenían la obligación de pasar la noche al interior de la pieza, pero muchas veces las dejaba descansar en el dormitorio de visitas, porque -a pesar de que Marisa apenas hablaba- necesitaba mantener nuestra intimidad con más fuerza que nunca. Ni siquiera estaba seguro de si ella podía o no escucharme, ¿pero qué importaba?

Era yo quien necesitaba hablarle, transmitirle de alguna forma todo lo que me faltaba aún por expresar. Creo que el matrimonio por la Iglesia fue una muestra de ello.

Desde que comenzamos nuestra relación, yo había sido reacio a casarme por la Iglesia, a pesar de sus insistencias. En esos momentos estaba dispuesto a hacer lo que fuera para hacerla feliz. Y sentí que -a pesar de su estado de coma- casarnos sería un lindo regalo para ella. Un regalo tardío, pero un regalo al fin y al cabo.

En la pieza estaban mis hijos, mi suegra, nuestros cuatro amigos más cercanos y un sacerdote. En una mesita: un ramo de flores y dos imágenes religiosas que Marisa guardaba.

“¿Por qué no lo hiciste antes?”, pensaba para mis adentros, mientras hablaba el sacerdote. Pero me sentí feliz de hacerlo. A pesar de los

remordimientos que me generaba lo tardía de mi decisión, me sentí feliz. Sabía que estaba cumpliendo uno de los sueños de Marisa.

* * *

A fines de diciembre del 2004, bastaba con mirarla para saber que le quedaban pocos días.

-Aguanta hasta el Año Nuevo para que te convide champaña -le decía yo sonriendo.

Por esos días, ella permanecía todo el día en cama, en estado vegetal. Su cara y su cuerpo estaban hinchados por efecto de la cortisona y su conciencia parecía haber ido a parar a otro lugar. Con sus ojos cerrados, esperaba pacientemente el momento de partida.

La madrugada del primero de enero del 2005,
me acerqué a ella con una copa de champaña, metí
mi dedo en la copa y lo pasé por sus labios.

-Feliz Año Nuevo, Cholita.

Marisa murió esa madrugada.

ÉPOCA DE DUELO

Cuando el cajón que contenía a Marisa empezó a descender en la fosa, sentí que con él descendían todas mis seguridades. Nada de lo que tenía servía de nada, me encontraba absolutamente impotente frente al sentimiento de vacío que veía en Patricio y Moira. No era capaz de hacer nada. ¡Nada!

Fue Patricio quien sacó la cara por todos. Siempre se ha destacado por su inteligencia y su lucidez, pero de todas formas me sorprendió con su discurso. Creo que llegó -incluso- a amortiguar por un momento el dolor que sentía.

Y yo que me creía imbatible. Ex-presidente de la FIDI, dueño de una de las compañías más importantes en el rubro de mudanzas internacionales. No podía hacer nada.

Habíamos llegado a la cima, había vencido demasiados obstáculos durante mi vida como para que una circunstancia me paralizara de esta forma. Nunca pensé que algo se me pudiera salir tan de las manos. Mi ego, seguro, debe haber recibido un remezón muy grande. “No soy imbatible, la mamá de mis hijos se fue y no la tengo más a mi lado”, pensaba.

Fue recién en ese instante cuando empecé a comprender que en la vida todo es prestado. Puedes estar en la cima del mundo y de nada te sirve, si la rueda gira puedes estar debajo de un segundo para otro. Puedes estar rodeado de éxitos, pero todo lo que tienes es de paso ¡Podrías morir mañana! Y a la tumba no te llevas ni el auto, ni el departamento, ni la empresa.

Empecé a sentir que lo material ya no era prioritario, que no iba a darme la felicidad. Tenía

que buscar la felicidad de otra forma. Salir de ese sistema loco, tensional, inacabable.

La fe la había perdido completamente. Hasta antes de la muerte de Marisa, me refugiaba en la religión, en la Iglesia. Me tranquilizaba visitar a Santa Teresita, por quien sentía muchísima admiración. En su santuario, encontraba paz, diálogo, sanación...

Después de lo de Marisa, la fe me empezó a parecer absurda. Ahora no hay nada que encuentre más hipócrita que las ceremonias religiosas, hasta el día de hoy evito entrar a las iglesias.

Viví un año de soledad, de fracaso, de impotencia.

Las escasas interacciones que tuve con mujeres me dejaron aún más vacío de lo que estaba.

Jugaba golf, iba al psicólogo, manejaba mi empresa, volvía a casa. En ningún lugar encontraba esperanzas.

A lo largo de mi vida, mi impulso había sido siempre esforzarme por vencer a la competencia, la adversidad. Estaba acostumbrado a solucionar los problemas de una forma que ahora no daba resultado. Mi adversario ahora era yo mismo y no sabía cómo enfrentarlo. ¡Pero tenía que buscar la felicidad de alguna forma!

Sentía que era imposible volver a ser feliz. Que Marisa había sido el amor de mi vida y el amor de mi vida estaba a más de tres metros bajo tierra ahora. Que nunca volvería a enamorarme, que nunca volvería a sentirme querido.

Creo que jamás voy a terminar de agradecer a mi hijo Sebastián por la forma en que me ayudó

esos días; no sé qué hubiera hecho sin él. Había llegado a la empresa hace menos de un año y su condición de novato no lo detuvo ni por un segundo. Cuando sentí la necesidad de tomarme un año sabático, no lo pensó dos veces antes de hacerse cargo de todo: sin saber aún nada del negocio, agarró sus maletas y partió a todas las convenciones solito.

-Tranquilo, papá -me decía con su tono sereno-. Acá estoy yo y, como sea, vamos a salir adelante con esto.

¡Y lo hizo brutal! Siempre recibí buenos comentarios de su trabajo, los que -por cierto- me llenaron de orgullo. Sebastián es un tipo sumamente bueno y la gente lo nota. Se conecta con las personas, se hace querer. Y eso es algo que me pone muy orgulloso. Nunca olvidaré el coraje y la nobleza que me demostró esos días.

Estoy consciente de que trabajar con él ha provocado muchos desgastes en nuestra relación personal. Soy un hombre duro y aún más duro cuando se trata de trabajo; cada año fui más exigente que el anterior. Desde mi punto de vista, cuando una persona se está preparando, mientras mejor es su desempeño, más debe exigírsele.

Sé que para Sebastián no ha sido fácil y que nuestra relación padre-hijo sería menos complicada si no estuviera la empresa de por medio. Pero estoy convencido de que la vida está llena de dificultades y si hacemos el quite a ellas, estamos perdiendo la oportunidad de crecer. “Lo que no te mata, te hace más fuerte”, decía mi madre; estoy seguro de que no estaba equivocada.

Pese a todas las dificultades, estoy enormemente feliz de que Sebastián sea la cabeza de Ward. Tengo absoluta confianza en él y sé que

su trabajo va a seguir rindiendo frutos. Espero que, cuando él elija a un sucesor, tenga la misma la suerte que yo, para que los sueños que siempre compartimos puedan llevarse a cabo.

BENDITA VENTANA

Me faltaban pocos meses para cumplir sesenta años cuando Jorge Lima me invitó a la *vernissage* en que expondría obras de arte. Como siempre, le di las gracias por la invitación y me disculpé con un “quizás a la próxima”.

Me cargaban los eventos y siempre los evitaba de alguna forma; no podría explicar qué fue lo que me hizo cambiar de opinión mientras iba de vuelta de la oficina por Avenida Kennedy.

“Está casi al paso”, pensé. “No me va a hacer mal desviarme una cuadrita”.

Y así, en pocos minutos me encontraba en medio de cócteles, obras de arte y una copa de vino que me ofrecía Jorge Lima. Cuál fue mi sorpresa cuando, al darme vuelta para recibir la copa, me topé frente a frente con Pamela Camus.

La había conocido hace algunos años en Marbella: ella, con su esposo, y yo, con Marisa, habíamos sido invitados a almorzar en casa de Jorge. Para ser honesto, debo reconocer que ya desde ese momento me impactó bastante. Me pareció una mujer extremadamente dulce y resuelta a la vez; llamaba la atención por su calidez y por su inteligencia. En esos tiempos, era Gerente General de American Airlines en Chile, así como también directora de AmCham (Cámara Chileno-Norteamericana de Comercio). Como yo participaba también en las reuniones de la Cámara, me la encontré en varias ocasiones después de ese almuerzo.

Y ahora, ahí estaba, frente a mí. Con sus ojos castaño verdoso y su pelo claro, sonriéndome sin imaginar que dentro de poco nuestras vidas iban a dar un vuelco. ¡Por Dios que estaba linda ese día!

-¿Y dónde está Marisa? -me preguntó.

-¿Marisa? Marisa... Marisa falleció hace dos años.

Le conté sobre la muerte de Marisa y todo lo que había significado para mí. Los niños, el trabajo, la vida... Comenzamos a ponernos al corriente de los dos en el último tiempo y me dijo, entre otras cosas, que se había divorciado de su marido.

Pero los brindis, discursos y tumultos hicieron, después de un rato, que quedáramos conversando en grupos separados. Antes de irme (nunca me iba demasiado tarde de ese tipo de eventos) me acerqué a ella:

-Me encantó, verte, Pamela. Te propongo que nos tomemos un café un día de estos. Pero... uno de verdad, ¿te parece? No de esos que quedan en el aire.

Al otro día, decidí aumentar mi apuesta por correo electrónico:

“¿Qué te parece si cambiamos el cafecito por una cena?”

Fuimos al Ichiban, que para mi gusto es el mejor restaurante de comida japonesa que hay en Santiago. Esa noche, nuestra química fue evidente y ella me invitó a un casamiento en Buin. Nunca me han gustado los matrimonios, pero debo admitir que en esa ocasión estaba más que entusiasmado con la invitación.

-¿Listo para la fiesta? -me dijo desde su vestido de seda plateado y sus zapatos negros de gamuza. Nunca deja de impactarme con sus tenidas y ese día -como siempre- estaba lindísima.

Cuando llegó el momento del baile, me sorprendí al darme cuenta que parecía como si hubiéramos bailado juntos toda la vida. Lo

pasamos genial. Ella, como adivinando que nuestras salidas eran sólo el comienzo de una vida juntos, tuvo el atrevimiento de pedirme que dejara de fumar.

-Sé que has viajado por todo el mundo y hay pocas formas de sorprenderte -le dije-, pero estoy seguro de que nadie te ha invitado a un viaje de siete horas a Chillán en moto.

Pamela me miraba extrañada, pero yo seguí adelante con mi propuesta.

-Partimos el próximo viernes, ¿te gustaría ir conmigo?

Ella estalló en risas y aceptó feliz mi invitación. Al día siguiente partí a la *BMW* y compré todo lo que ella necesitaba para el viaje.

Con sus botas, casco, pantalones y chaqueta de motoquera, Pamela se veía guapísima. Junto con un grupo de 50 personas, llegamos a las cinco de la

tarde al hotel de las Termas de Chillán. Una pieza para mí, otra para ella: creo que en ese tipo de situaciones es mejor comportarse como caballero y preferí no arriesgarme a incomodar a Pamela.

Dicen que los celos son la primera señal de que una relación va en serio. La verdad es que lo de la seriedad yo ya lo tenía más que claro en el sur. Seguramente por eso, casi me muero de rabia cuando Pamela recibió esa llamada.

-Estoy en Las Termas de Chillán, tendrá que ser en otra ocasión -le dijo al tipo con una voz evidentemente incómoda por mi presencia.

Pero no le dijo que estaba yo a su lado, ni que habíamos viajado por siete horas juntos en moto. Ni que no iba a salir con él en otra ocasión porque ahora estaba conmigo.

Yo no tenía ninguna intención de echar pie atrás.

-¿Qué te parece si me acompañas a la China?

-le dije esa misma noche en el restaurante.

Mi pregunta era una apuesta enorme para los dos y Pamela decidió aceptarla.

El viaje estaba planeado por asuntos de negocios, pero la verdad es que no trabajé en casi ningún momento. Fue una experiencia increíble y no por los lugares que visitamos, sino por lo mucho que compartimos. En China, terminé darme cuenta de que estaba perdidamente enamorado de Pamela.

-¡Pero cómo me puedes decir que me quieres en tan poco tiempo! -me decía entre risas.

Siempre fue muchísimo más cautelosa que yo. Cuando empecé a quedarme a dormir en su departamento, se preocupaba de que nuestra querida Rosita -su nana de siempre- no lo notara.

-¡Qué te importa! -le decía yo reclamando-

No soy un pololo del momento, ¿o sí?

Ella me miraba y sonreía.

¡Es que Pamela siempre sonreía! Fue eso lo que más me impactó de ella, su capacidad para estar feliz todos los días sin importar lo que pasara a su alrededor. Yo, que venía del vacío y de la búsqueda, encontré en ella una fuente inagotable de paz. ¿Cómo hacía para estar siempre en ese estado? Su actitud estimulaba mis reflexiones.

-¿Qué te parece si vamos acá?

-¿Qué te parece si vamos allá?

Con Pamela jamás me aburro. Siempre tenemos algo que hacer o algo de lo que conversar: es ella quien lidera eso y me encanta que así sea.

Está acostumbrada a tener planes, sobre todo porque no hay día en que no haya una invitación para ella. Es una persona muy conocida y tiene una

gran agenda social. Para mí era difícil al comienzo y reconozco que fui demasiado celoso. Además, siempre me han cargado los eventos... me sentía incómodo entre tantas actividades y tanta gente. ¡Pero era el mundo al que ella estaba acostumbrada!

Llegamos a pensar que las cosas no iban a funcionar entre nosotros; pero por suerte, logramos adaptarnos el uno al otro. Pamela tuvo la delicadeza de disminuir la aceptación de invitaciones. Yo, por supuesto, tuve que ceder también y aceptar algunas invitaciones que no hubiera aceptado estando solo.

Así, de a poco, empezamos a construir nuestra relación: yo me zambullí de lleno en Pamela; ella empezó a quererme. Me hizo darme cuenta de lo afortunado que era de tener la oportunidad de poder volver a enamorarme,

apasionarme nuevamente, sentir renacer mi virilidad a los 59 años...

Enviudar, sin duda, ha sido la experiencia más difícil de mi vida, pero Pamela me ayudó a encontrar lo positivo dentro de lo negativo. Con ella, me di cuenta de la capacidad infinita que tiene el ser humano para enamorarse y querer a otro.

Mi hija Moira, de 16 años, comenzó a reclamar mi ausencia. Tenía razón: el impacto que me había causado Pamela me estaba invadiendo tanto que llegué a descuidar la relación con mis hijos. Casi no estaba en la casa. Sé que hice mal en ese sentido, pero incluso hoy mirando atrás, entiendo perfectamente por qué no fui capaz de controlarme. Me sentía perdido y la aparición de Pamela fue como una salida a esa oscuridad en la que estaba atrapado. ¡Una inyección de optimismo a la vena! No pude resistirme a eso.

Es que Pamela me hizo conocer un mundo nuevo, me enseñó a ver las cosas de una forma diferente. Es una persona incapaz de pensar mal de alguien, lo que para mí era simplemente inconcebible: la vida me enseñó a desconfiar de otros y así es como estaba acostumbrado a vivir. Ella, con su bondad infinita, llegó a romper todos esos esquemas.

Es una persona que irradia cariño desde el minuto en que se despierta. Cariño, optimismo, comprensión. Creo que nunca la he visto de mal humor. Su capacidad de amar le permite encontrar el lado bueno de todas las cosas y todas las personas: aunque parezca de películas, Pamela no es capaz de tener enemigos. ¡No es capaz de tener enemigos! Nunca antes había conocido alguien como ella, ni pensé tampoco que existía en el mundo alguien con ese carácter.

Creo que su forma de ser se debe en gran parte a la educación que tuvo. Sus padres, Manuel y Antonieta, tienen una relación que parece de otro planeta. Se respetan de una forma impresionante y están permanentemente demostrándose cariño el uno al otro. Jamás un grito, jamás un mal gesto... andan por la vida como irradiando luz.

Y bueno, en ese hogar se crio Pamela; no es tan extraño que sea como es.

Cuando llevábamos aproximadamente un año juntos, parecía que todo iba perfecto, pero al poco tiempo empezamos a tener roces y las cosas se pusieron difíciles. Fui demasiado celoso. Tan celoso que llegué a perder a Pamela.

Sebastián y Patricio estuvieron encima de mí, velando para que no decayera. Moira, con su

energía de siempre, no descansaba hasta sacarme una sonrisa.

-¿Vamos al cine, papá? ¿Vamos a comer algo?

Hacía todo lo posible por sacarme del encierro.

Yo estaba sumamente desanimado y cometí un error del que me arrepiento hasta hoy. Me presenté ante mis hijos como una víctima de Pamela y sospecho que por mi culpa, comenzó a nacer en ellos una cierta desconfianza hacia ella. No me cansaré de pedir disculpas por ello, soy un convencido de que uno de los pilares de toda relación es la confianza y romper la intimidad que existe en una pareja, ventilando los problemas, es uno de los peores errores que podemos cometer. Yo lo hice y creo que las fricciones que ha habido entre Pamela, yo y Sebastián surgieron en parte debido a ese error.

En septiembre de ese mismo año se casaba Manuela, su hija; y Pamela tuvo un gesto lindísimo: venciendo el tonto orgullo que se había empeñado en distanciarnos, decidió dar el primer paso e invitarme a mí como acompañante. Inmediatamente supe que volveríamos a estar juntos.

Recuerdo como si fuera ayer el día en que, con Moira, Patricio y Pamela, comimos por primera vez en nuestro nuevo departamento a la luz de la vela. Por fin, habíamos tomado la decisión de vivir como una familia.

Nos mudamos un 15 de agosto de 2008. Tanto para mí, como para Pamela y los niños, esa mudanza significó comenzar de nuevo. La muerte de Marisa había dejado que la soledad invadiera la casa, destruyendo nuestra costumbre de comer en familia y compartir nuestras experiencias. En ese

sentido, la mudanza fue como un impulso para formar un hogar nuevamente, para volver a reunirnos durante la cena, para apoyarnos.

Es curioso. A mis 59 años, Pamela me abrió la oportunidad de replantearme las cosas, encarar la vida de una forma distinta, manejar las relaciones con mis hijos de una forma diferente.

Ella me regala el privilegio de amarla cada día más. Insisto, ese amor infinito que le tengo, es por todo lo que me entrega y es ella, la que -indiscutiblemente- une a toda la familia.

META CUMPLIDA

Hace algunos meses fui a la graduación de Moira. En la Universidad del Desarrollo, recibió su título como diseñadora gráfica, para lo que vino a Chile especialmente desde Madrid. Hace más de un año que vive allá con su novio Tomás.

Al verla en el escenario, recibiendo el diploma, no pude sentir otra cosa que orgullo. Finalmente, después de todo mi esfuerzo, mis cuatro hijos están graduados.

Me consta la forma en que cada uno de ellos se esmeró para que así fuera. Mis cuatro hijos adultos. Claramente, con muchísimo más herramientas de las que yo tenía a los 18 años.

¿Meta cumplida?

Es extraño. La graduación de Moira, de alguna manera, pone un punto final a mi tarea como

educador. En esas circunstancias, parece imposible no evaluarme a mí mismo.

¿Me siento contento?

Claro que me siento contento, pero así y todo hay cosas que no me dejan tranquilo. Mirando hacia atrás, puedo darme cuenta de que -a pesar del inmenso cariño que siento por cada uno de mis hijos- nunca fui bueno para expresarlo. No fui un padre cariñoso. Mis hijos no me ven como el “papá querido”, mis nietos no me ven como el “tata”. Me ven más bien como el “Avi” catalán, severo.

Siempre puse demasiado énfasis en marcar a fuego los principios morales básicos. Soy estricto en eso, soy duro y siempre lo he sido.

Me preocupé de que entendieran que cada uno de los movimientos que hacemos es importante.

-Lo que haces tiene una consecuencia; lo que no haces, también la tiene -les decía una y otra vez cuando los castigaba o los reprendía.

Quería que entendieran que no viven solos en una isla, que hay personas a su alrededor y tienen una responsabilidad cívica que cumplir. Que la honestidad es básica, que sin esfuerzo no eres nadie.

Fui duro con los chicos, sé que fui duro. Sé que tuvieron que sufrir para que esos principios quedaran marcados. Sé que fui majadero.

Las normas estaban muy claras y definidas y nunca me caractericé por ser un tipo flexible. Cuando castigaba, no había vuelta atrás.

Recuerdo una época en que Moira me estaba volviendo loco con su comportamiento. Un día, no sé cómo, descubrí que me había dicho que estaba en un lugar en el que no estaba. Me había mentado.

Estuvo ocho meses sin teléfono, sin computador, sin auto, y sin pisar la calle. Un chofer se encargaba de trasladarla de la casa a la Universidad y de la Universidad a la casa todos los días.

Fui duro, claro, pero viendo el resultado intuyo que valió la pena. Hoy Moira se gradúa como diseñadora y -valientemente- partió a Madrid a construir allá una vida.

Pero hoy siento, con pena, que mis hijos se esfuerzan en hacerme ver lo duro que fui con ellos.

¿Cuánto bien y cuánto mal hice? No puedo saberlo.

Me angustia pensar que puedan haberse sentido oprimidos de la forma en que me sentí yo con mi padre, pero creo que es injusto que llegue incluso a pensarlo. No soy como mi padre. Nunca los dejé botados para Navidad, nunca fui infiel a mi pareja, nunca les pegué. Es irónico que tenga que

enumerar las diferencias, como si sintiera la necesidad de tranquilizarme a mí mismo al respecto.

Mal o bien, es la forma en la que creí que había que hacerlo. Estoy seguro de que cometí muchos errores, pero actué siempre pensando en ellos.

No puedo pasar el resto de mi vida con las rodillas sangrantes, pagando la manda y pidiendo perdón. A cada uno le pedí disculpas en su momento por mis errores y deseo ansiosamente que algún día me entiendan. Espero de corazón que valoren mis esfuerzos y que confíen en que traté siempre de dar lo mejor de mí.

DE CUANDO EMPECÉ A CAMINAR

Si tuviera que contar con los dedos de mi mano los desafíos más importantes y difíciles a los que me he enfrentado a lo largo de mi vida, la educación de mis hijos aparecería como primero en la lista. Pero la lista continúa y mi desarrollo como empresario forma también una parte importante de ella. Mis empresas me llenaron de desafíos, colonizaron mis días, moldearon mi historia y contribuyeron a definir mi carácter.

Todo tiene fecha de vencimiento, dicen las malas lenguas. Mi labor en Ward no fue la excepción a la regla.

A principios del año 2012, sentí que los viajes de negocios y las jornadas laborales eternas estaban empezando a cansarme. Llevaba 57 inviernos trabajando y tenía 65 años de vida, además de una

situación económica que me permitía jubilar con tranquilidad.

Pero, ¿qué iba a hacer sin Ward? Aunque la idea de retirarme empezó a rondar sobre mi cabeza, existía todavía una parte de mí que se resistía a tomar la decisión.

Afortunadamente, el tiempo ha sido siempre para mí un buen aliado: los días y noches fueron sumando a mi balanza infinitas conversaciones con la almohada y con Pamela, que me ayudaron en diciembre del 2013 a estar preparado para dar el gran paso.

A esas alturas, mi hijo Sebastián se había convertido en una pieza clave de la empresa y estaba más que capacitado para relevarme, por lo que -con la ayuda de una consultora- desarrollamos juntos el proceso que nos permitió entrar en la zona de traspaso. Jurando que no

miraría atrás, entregué la posta y observé orgulloso como Sebastián continuaba la carrera que yo había comenzado en Chile hace 24 años.

Dejé de correr. Y empecé a caminar sin Ward.

Pamela se había retirado ya hace un año de American Airlines y se estaba adaptando sin problemas a la vida sin horarios. Hasta el día de hoy, divide su tiempo entre su familia y su preciado *tennis*. Se convirtió en seleccionada nacional y por tres años consecutivos ha representado a Chile en los torneos sudamericanos.

Yo, en cambio, tuve muchas dificultades para adaptarme al comienzo. Aunque seguía participando en Ward a través de mi rol de Presidente del Directorio del Grupo, las reuniones que realizábamos una vez al mes no me permitían ya formar parte de las decisiones que se tomaban

en el día a día, ni menos estar presente en el lugar de los hechos. ¡Me costaba aceptar esa idea! Pero me había prometido a mí mismo que no miraría atrás, por lo que me esforcé en seguir caminando.

A paso lento, mis días comenzaron a llenarse, demostrándome de alguna forma la oportunidad que la vida me estaba poniendo frente a los ojos. Me reencontré con los libros, la buena música, el golf y mi club de Toby, conformado por mis queridos amigos Rolf, Alberto y Alex. Descubrí el Yoga, que abrió para mí un mundo de superación física, mental y espiritual.

Me reencontré con Marbella, ¡y con los viajes! No ya con viajes de negocios, si no con los que realizamos hasta el día de hoy con Pamela y me regalan -año a año- experiencias inolvidables, de esas que se graban a fuego en la memoria.

Cada uno tiene su sello. Lo que vi en la India, a orillas del río Ganges, en la ciudad de Varanasi, todavía me produce escalofríos.

Desde lejos podía sentir el olor a cadáver, brotando de los bultos que flotaban en el río sagrado. Hasta ahí llegan los cuerpos que -en espera de una nueva reencarnación- deben pasar por una serie de rituales para impedir que el acceso al Nirvana se retrase demasiado.

Aunque la mayoría de ellos deben ser cremados, los cadáveres de madres embarazadas, leprosos y fallecidos por picadura de cobra no necesitan pasar por este proceso. Se cree que, debido al sufrimiento que han padecido antes de morir, sus cuerpos ya han sido purificados.

A través de mis ojos veía a una anciana, que intentaba hacerse un espacio para lavar su ropa, mientras -a menos de 10 centímetros de distancia-

un hombre defecaba sobre el río, seguramente porque en otro lugar no tendría como limpiarse. A su lado, un leproso intentaba lavarse la cara tratando de no chocar con la mujer de ojos grandes y piel grisácea que recogía agua para tener con qué cocinar esa noche.

Ninguno de ellos tenía expresión de sufrimiento en el rostro. Y la dignidad con la que la mujer de ojos grandes hacía su trabajo, a pesar de la miseria que la rodeaba, me producía envidia; proyectaba una belleza incorruptible. Sus ojos resaltaban a través del maquillaje cuidadosamente preparado; y su colorido sari me hacía imaginar que se había arreglado para la más elegante de las fiestas.

A su alrededor, un grupo de mujeres había acudido al río a purificarse a través del baño. Entre oraciones, sonrisas y gestos, llevaban a cabo el ritual sagrado que las limpiaría de sus pecados; un

ritual en el que la basura, cenizas y pedazos de cadáveres no tenían ningún tipo de protagonismo. Eran los coloridos saris de las mujeres los que destacaban en la escena y que -junto con el vestido de la mujer de ojos grandes- bailaban unidos para dar forma a un arcoíris.

La escena era miserable y al mismo tiempo admirable. Gracias a ese grupo de mujeres terminé de comprender que la felicidad no se encuentra afuera.

Y es que en cada uno de los viajes el ser humano vuelve a impactarme de alguna forma. Con Pamela hemos tenido la oportunidad de conocer muchísimos lugares diferentes y nuestra relación se ha enriquecido enormemente gracias a ello. Nuestro diálogo es cada día más profundo, más rico: conversamos de la mañana a la noche y

pareciera que siempre tenemos algo nuevo que decirnos.

Entre mis viajes favoritos, no podría dejar de mencionar las visitas que hice recientemente a mis hijas Moira y Lucía a Madrid y Montevideo. Ambas vienen a Chile con frecuencia, pero me gusta también ser yo el huésped, porque visitarlas en su país de residencia tiene una gracia especial.

Con Moira, a principios de noviembre del 2015, fuimos al fin capaces de disfrutar de nuestra relación padre-hija. Junto con su novio Tomás y Pamela, pasamos momentos gratos y -entre paseos, comidas y risas-, olvidamos rencillas antiguas que habíamos tenido la última vez que nos vimos en Chile. Me encantó conocer mejor a Tomás y me sorprendí de su forma de ser atenta y cariñosa con Moira; la trata como a una reina. No podría haberme alegrado más cuando -dos meses

más tarde-, recibimos la linda noticia: el 31 de diciembre, Tomás propuso matrimonio a Moira, a las 12:00 de la noche y bajo un hermoso cielo en Estambul.

Con Lucía, en agosto del 2015, conversamos hasta que se nos acabaron las palabras. Hicimos un recorrido por el pasado como quien visita un cementerio, iluminando rincones que hasta ese día habían permanecido en la oscuridad. Me sorprendí de la cantidad de preguntas que ella tenía acerca de mi vida y me alegré de haber comenzado en marzo a escribir este libro. Disfruté también a concho a mis nietos: Tiago y Manuel. Con ellos y Lucía visitamos cada uno de los lugares que para mí habían sido importantes durante mi infancia en Montevideo, lugares en los que ahora ellos -a sus 14 y 12 años- están construyendo su propio futuro.

Parece irónico, pero a mis nietos Miranda, Facundo y Nicolás -hijos de Sebastián y Tiziana- no he podido aprovecharlos de la misma forma, a pesar de que viven a menos de tres kilómetros del lugar en donde duermo todos los días. Me encantaría saber más de ellos, verlos con mayor frecuencia, disfrutarlos más.

Me imagino que influye el hecho que todavía sean demasiado niños; y estoy seguro de que mi relación con Sebastián en proceso de reconstrucción es también un factor importante en el asunto. Recuperar a Sebastián es uno de mis desafíos pendientes. En cuanto a los trillizos -Miranda, Facundo y Nicolás-, tengo la esperanza de que nuestra relación vaya desarrollándose con el tiempo y esfuerzo por parte de ambos lados.

Hay una linda personita que ha estado muy presente en los últimos diez años: Dominga.

También conocida como la Ratita, es la única nieta de Pamela. ¡Un personaje encantador y brillante! Le deseo la mejor de la suerte en sus futuros proyectos y al igual que mis cinco nietos, será siempre muy bienvenida en nuestra casa.

¡En el futuro vendrán quizás los hijos de Pato! Con su carácter conciliador y responsable, estoy seguro de que sería un excelente padre de familia. En estos momentos está inmerso en su carrera de abogado y me consta lo bien que hace su trabajo.

Me enorgullecen todos mis hijos, cada uno a su manera y con su estilo de vida.

Raymond, el hijo menor de Pamela, forma parte de mi vida ahora y me hace sentir de la misma forma, sobre todo por la manera en que se ha superado a sí mismo en el último tiempo. Hace un

año y medio que vive con nosotros y la convivencia ha sido un agrado.

Comencé hablando de Ward. Terminé hablando de mis hijos. A las palabras y letras de este capítulo les está pasando lo mismo que a mí: en la segunda mitad de la vida, las temáticas más importantes son las que empiezan a hacer más eco.

GEORGIE Y JORGE: FIN DEL COMBATE

Estiro y subo mis brazos, inhalo. Con la espalda recta y expulsando todo el aire de mis pulmones, bajo los brazos como queriendo llegar al suelo. Inhalo nuevamente, miro un punto fijo al frente.

El Yoga apareció en mi vida como la herramienta que necesitaba para mirarme a mí mismo. No a mis logros, no a mi empresa, no a mi casa. A mí.

Empecé por primera vez a prestarme atención; a cuidarme.

Descubrí que vivía inserto en un mundo de competencias que me llenaba de veneno todos los días. De niño había aprendido a defenderme de las garras ajenas y eso me permitió desarrollar las

propias. Ahora, de adulto, comencé a sentir que mis propias garras me estaban haciendo daño.

Pero las cosas han cambiado. A veces, me pregunto dónde fue a parar el Laporta agresivo con el que acostumbraba a enfrentarme en el espejo. ¡Mis prioridades son totalmente diferentes a las que tenía hace diez años! Por alguna razón, ser el vencedor absoluto en todo lo que hago dejó de llamar mi atención. No soy la cabeza de Ward. La cabeza de Ward es mi hijo Sebastián y eso me pone sumamente orgulloso. No seré tampoco el golfista número uno, ni el yogui más destacado. ¡Pero no me importa! No me interesa ser el primero, me interesa lo bien que me hace.

Mis metas no son materiales como lo fueron una gran parte de mi vida.

No tengo ya la necesidad de proyectar una imagen que agrade a otros. Aquella, de alguna

manera, me permitía generar mi red y activar mis negocios. Hoy, los negocios pasaron a segundo plano; soy agradable con quien quiero ser agradable y no con quienes me siento obligado a serlo. Quizás con la masajista que no tiene plata para pagar su operación de útero; o con el tipo de la portería, que nunca va a poder devolverme los favores que yo pueda hacerle.

¡Hoy pido disculpas! El Jorge Laporta de antes rara vez lo hacía. Hace algunos días tuve un choque con uno de los integrantes de la reunión de directorio. Sorprendentemente, me disculpé de inmediato. Y al terminar la reunión, lo aparté para estar seguro de que me había entendido:

-Perdón, estuve mal -le dije preocupado.

Su cara ofuscada fue reemplazada por una sonrisa.

Recién hoy, a mis 68 años, estoy conociendo la alegría indescriptible que puedes generar a otros con esos gestos que a ti ni te van ni te vienen.

No fui multimillonario, como alguna vez soñé, pero he ganado cosas que el Laporta de antes jamás hubiera imaginado.

Siempre soñé con vivir bien. De niño, nunca imaginé que iba a vivir en una casa en como la que vivo. No soy el empresario número uno de Chile, pero estoy seguro que si fuese así no podría vivir con la paz con que vivo. Podría estar todavía desarrollándome, potenciándome, haciendo crecer mi empresa. Podría estar todavía inserto en la máquina, pero, ¿a qué costo?

Culminé mi etapa laboral felizmente, con la gran fortuna de haber preparado un muy buen heredero. Estoy sano, con una buena situación

económica, tremendamente enamorado, con cuatro hijos y cinco nietos.

Hay cosas que, naturalmente, no puedo revertir a estas alturas. Me gustaría irme del mundo como una persona querida. ¿A quién no? Creo, sin embargo, que a lo largo de mi vida he construido una barrera entre mí mismo y muchos de los que me rodean. Es curioso. Sé que me iré querido por Pamela; ella me ha ayudado en parte a derrumbar esa pared. Pero no tengo la certeza de que podré irme querido por mis hijos. Los crié con dureza; nunca les di demasiado cariño y por eso siempre seré culpable ante ellos. No puedo decir que me arrepiento de la forma en que los eduqué: después de todo, me preocupé de darles las herramientas que necesitaban para enfrentarse al mundo.

Pero eso no quita de que esté consciente de que pude haberlo hecho de una forma diferente. Pude haberlo hecho mejor.

Tengo la esperanza de que conociendo mi historia me entiendan. Somos producto de lo que hemos vivido y mis experiencias hicieron que eligiera ciertas cosas y no otras.

Al fin y al cabo, nadie es perfecto, ¿o sí?

De todas formas, me siento profundamente agradecido. ¡No sé de quién! ¿De la Física? ¿La Ciencia? ¿La Astrología? A quien sea le agradezco profundamente por cada uno de los episodios de mi vida, porque cada uno de ellos me ha nutrido de alguna forma, regalándome oportunidades de aprender y desaprender.

Agradezco por Pamela, mi bendita ventana, mi eterno amor, compañera y compinche. Por mis

hijos y mis cinco nietos que hoy construyen su futuro.

Por cada una de las personas que ha participado en esta historia y por fin tener la oportunidad de descubrir a la más difícil de todas, la más oculta. Al tipo de pelo blanco, que con chaqueta elegante y polera sport, se para tranquilo junto a su sombra.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Querido lector, te has enterado de toda mi vida y a estas alturas pareciera que ya somos amigos. Probablemente por eso me permito todavía tomarte algunos minutos más de tu tiempo, para mencionar a esas personas que aunque han cumplido un rol importantísimo en mi vida, he dejado de nombrar en forma particular para no confundirte demasiado.

Me gustaría partir mencionando a mis amigos del Club de Toby, porque forman parte de mi día a día.

A Rolf, mi primer amigo en Chile, con el que forjamos amistad durante nuestros paseos en moto enduro por los cerros. Nunca me voy a olvidar el día en que en un reparador descanso a la sombra en la cima más alta del cerro, me

participaste de tu intención de dejar de trabajar con Paulman para independizarte. Por supuesto te alenté para que así lo hicieras; y no me arrepiento porque tu idea fue todo un éxito. Hoy, después de 27 años, sigo admirándote por tu profesionalismo y calidad humana.

¡Y a Alberto! Ni tú ni yo podremos olvidar como nos conocimos, Alberto. Cuando llegaste a Chile como Gerente de Unilever, fue Ward quien manejo tu mudanza y yo quien quise estar presente en el lugar de los hechos como un gesto de deferencia. Había recién entrado a tu casa cuando la botella de vino tinto se cayó justo encima de tu alfombra blanca. ¡Me quería morir! Gracias por tu paciencia.

A Alex, cuya amistad he valorado siempre muchísimo. Tu seriedad, honestidad, pasión y entrega hacen que sea un verdadero placer tenerte

no sólo como amigo, sino también como parte del Directorio del Grupo Ward. Agradezco enormemente la ayuda permanente que nos entregas.

Pero no sólo de mi vida actual se trata este libro y tú lo sabes, lector. A lo largo de toda mi vida he conocido a personas valiosísimas que han marcado mi camino. Aunque a muchos de ellas no las veo con frecuencia, no me gustaría cerrar este libro sin mencionar al menos su nombre.

Mis especiales agradecimientos a:

Alejandro Urzúa

Alma González

Antonieta

Bárbara Urzúa

Carlos Benech

Cees Zeevenhoven

David Jankelevich
Eduardo Pérez Otero
Elia y Elita Barreiro
Enrique Lamas
Estela Guerrero
Eugenia
Facundo Urtubey
Francisca Goycolea
Gastón Chamorro
Gustavo Sosa
Horacio Rojas
Jorge y Beatriz Lima
Sofía, Juan Ignacio, Vivi y Juliana Laporta
Laura y Beatriz Sosa
Manuel Camus
Miguel Schweitzer
Olga
Oscar Castillo

Pablo Camus

Paula Gutiérrez

Paula Polanco

Peter Schaeffers

Rafael Edwards

Rosita Soto

Víctor Pino

Willi Toedtly

Wladimir De Mello